

# ATENE O

ORGANO DEL ATENE O DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Directores: Doctor Arístides Palacios — Doctor Lisandro Villalobos

Tercera época No. 156.

San Salvador, El Salvador, Diciembre de 1942

Año X X X

## Nuestra Labor

*L* El Ateneo de El Salvador termina este mes otro año más en la lucha por su existencia. Durante los últimos años el Ateneo ha manifestado una actividad que ha hecho patente su vida a los ojos del público en general y que lo ha elevado ante la consideración de aquellos que lo han considerado como un adusto museo de ciencia. (!)

Este cuarto año de su renacimiento, el Ateneo se ha expresado por medio de brillantes conferencias que desde el Paraninfo de la Universidad Nacional han tenido la amabilidad de dictar algunos de sus miembros y muchos de sus invitados a ocupar esa cátedra de luz. Sus radiodifusiones culturales han funcionado ininterrumpidamente durante todo el año desde la tribuna galantemente ofrecida por la radio-difusora nacional Y. S. S.

Pero el acontecimiento cumbre que ha de justificar la vida del Ateneo por muchos años por venir, es la fundación de la Asociación de Entidades Culturales que pretende aunar en un solo block todos los esfuerzos que por la cultura nacional se verifican diariamente. Detalles de organización han impedido que el programa de la Asociación de Entidades Culturales comience a desarrollarse inmediatamente, pero esperamos que el año de 1943 vea florecer la mencionada Institución espléndidamente, justificando las esperanzas de sus fundadores y colmando al país con la difusión cultural que tanto necesita.

Esta revista ha visto la luz de manera regular y en sus páginas han campeado las colaboraciones de todos aquellos que no sólo tienen algo que dar sino que están ansiosos de lanzar su simiente a todos los vientos.

Ojalá que el próximo año el Ateneo en todas sus manifestaciones tenga un desarrollo todavía más amplio, y que cuente con más colaboradores que aporten su magnífica dádiva de belleza y de saber a todos aquellos que están ansiosos de ella.

A. P.

## Alocución Pronunciada por el Dr. Lisandro Villalobos

en el acto de la inauguración del  
Congreso de Sociedades Culturales

Señores Delegados:

La Junta Directiva del Ateneo de El Salvador, ha venido sintiendo durante todo este año en que ha tenido a su cargo el gobierno de tan importante corporación, un poderoso anhelo de transformaciones trascendentalmente renovadoras, principiando por sacar la personalidad de nuestro instituto, ahora en la plenitud de sus prestigios y bien ganado renombre, del campo estrecho de sus actividades en uso amenazadas ya de la rutina y del estancamiento. Y pretendíamos llevar por todos los rumbos de la Patria, nuestros afanes de progreso al impulso de un espíritu franco de fraternidad nacional, que en las actuales circunstancias del mundo, representa para los pueblos de América el imperativo más urgente de su vida.

Y este pensamiento de universalizar el esfuerzo cultural propio del Ateneo, encaminándolo por los senderos amplísimos de las finalidades comunes, ha sido para la Directiva de aquel Centro motivo constante de estudio y de reflexión, impaciente por encontrar la fórmula precisa susceptible de cristalizar bellamente el propósito innovador.

Una de sus premisas ha consistido en el prodigio sustantivo que entraña la Cultura humana, estimando como innegable que es ella la única plataforma racional de engrandecimiento de los pueblos, que es preci-

samente, la comprobación irrefutable que brinda la Historia al otorgar su fama y su inmortalidad, sólo a aquellas naciones que hicieron de la Civilización el sustentáculo más firme de su existencia.

Por otra parte, frente a nosotros se halla también el hecho tremendo que el salvadoreño al igual que los otros nacionales de este solar histórico que llamamos el Centro de América, se halla sensiblemente retrasado en el ritmo agudo de la Cultura predominante de este siglo de intensos movimientos colectivos, todo lo cual ha significado para la Directiva del Ateneo, nuevos elementos de inquietud y de zozobra que obligan a actuaciones prontas e inmediatas; partiendo de la realidad tangible y hasta amenazadora de que ahora en la Tierra no puede ningún país aislarse, alejándose del comercio universal.

Pues bien, si la Cultura es al medio eficaz y lícito de engrandecimiento nacional, debemos ir hacia ella cuanto ántes, orillando las dificultades sobrevinientes y especialmente echando al mar del olvido el funesto lastre de los viejos prejuicios sociales y políticos, que todavía encadenan a nuestros pueblos a un pasado envuelto ya con el sudario de los tiempos.

La vida es una red inmensa de fenómenos en donde todo es armonía, dependencia mútua, concatenación infinita de sucesos y circunstan-

cias. Y la Naturaleza nos ofrece un vasto panorama de poderío y de grandeza, que es de una elocuencia inagotable. Es el milagro portentoso de la unidad en el tiempo y en el espacio. La maravilla que surge y se impone al entendimiento, cuando vemos que la unión hace de las gotas los océanos y de los átomos los mundos.

Señores: por qué entonces, los que trabajamos separadamente por la Cultura de El Salvador, no nos unimos para cultivar, con esperanzas de mayores rendimientos la misma heredad.

Para contestar a esta pregunta en

la cual se anida el porvenir, el Ateneo os ha convocado, nobles delegados de las distintas sociedades culturales del país. Y ha querido intencionalmente reuniros en este amplio salón de nuestra Biblioteca Nacional, en la seguridad de que en este sitio se siente el efluvio de los siglos, emanación divina del espíritu que en el escenario eterno de la vida es la exaltación gloriosa del hombre, ese barro humilde que en las manos prodigiosas de Dios, fué la obra suprema de la Creación.

San Salvador,

Septiembre 15 de 1942.

==

## EL CULTIVO DE LA VIDA

*En la Universidad Nacional, mayo de 1942*

Premeditadamente he escogido el nombre de «Cultivo de la vida» para esta plática, aún cuando no es mi intención hablar de la vida en general sino referirme a la vida humana en particular. No voy a desarrollar tampoco aquí los admirables experimentos de cultivos de tejidos vivos en elegantes laboratorios; mi propósito es mucho más práctico. Trataré de hacer un estudio de las condiciones diarias de vida y de sus posibilidades de mejoramiento.

Hay individuos que crecen como las flores silvestres, con el único impulso de vida que trajeron a este mundo, ayudados de lo que buena o malamente, con o sin esfuerzo, llega a nutrir su cuerpo y todas las altas funciones de vida que distinguen a la criatura humana de los demás animales.

A menudo nos interesamos por seleccionar la raza de nuestros perros favoritos y dedicamos tiempo para que conserven y si es posible mejoren sus características raciales; aún empleamos ratos para que aprendan a hacer monadas y para entrenarlos en difíciles ejercicios calisténicos. Nos preocupamos por tener en nuestros jardines plantas escogidas, y afanosamente consultamos a los jardineros con experiencia y hojeamos con atención las páginas de las revistas especializadas más recientes, para mejorar el aspecto de las mismas plantas y el aroma de sus flores. Hallamos todo eso muy natural e indispensable para mantener nuestras plantas y animales favoritos en sus mejores condiciones de vida, para nuestro mayor deleite.

Sin embargo, quién sabe si es

cierto que dedicamos a nosotros mismos tanto tiempo y tanta atención. Muchas veces nos dejan o nos dejamos crecer como las flores silvestres, con la única energía vital que nos acompañó al mundo, sin más abono corporal que el que bondadosamente nos cayó del cielo y sin más cultivo espiritual que el que el ambiente o la rutina escolar nos diera.

Muchos padres están tranquilos con tal que en sus hijos todavía aliente el soplo vital, aun cuando se críen desmedrados, física y mentalmente. Otros se gozan con que el muchacho aumente de peso sin tener noción de la bondad del alimento que así aumenta su valor en la báscula, y sin parar mientes en la progresión o regresión simultánea de las demás funciones anímicas.

Si la urgente necesidad del equilibrio emocional en hogares y escuelas es comprendido por muchos padres y maestros, no se ha hecho sin embargo un esfuerzo formal y continuado para que sus beneficios se hagan sentir por todos: por el niño, por la familia, por la escuela y por la sociedad. Urge que no sólo se entienda y hable de ello sino que, lo mismo que al pan, se le demande con igual constancia y firmeza.

He titulado la plática así, «El cultivo de la vida», porque quisiera comprender en su exposición no sólo el desarrollo del cuerpo sino el de las otras manifestaciones que hacen la vida humana diferente de la vida de los animales.

Los estudios biológicos de este siglo han traído el más rico aporte al cultivo del hombre como animal. y han iniciado de manera dichosa el cultivo de las facultades superiores de la misma criatura. Mi misma condición de médico me ha llevado

al estudio de las primeras, pero siento que las disciplinas escolares no nos han impresionado suficientemente con la ingente necesidad del conocimiento y propagación de las segundas.

Es admirable cómo las pacientes investigaciones de los laboratorios biológicos han llegado a determinar en milésimas de miligramos y en micrones las sustancias necesarias a la vida humana y los medios de restablecer el equilibrio de las mismas cuando éstas se han perdido. Se ha determinado también con una precisión casi matemática la intervención del psiquismo en los diversos procesos corporales y viceversa. Estos conocimientos o sus interrelaciones no han alcanzado desdichadamente la difusión necesaria, muchas veces ni aun en los medios que por sus funciones de modificadores del psiquismo o de mantenedores de la salud corporal, deberían conocerlas hasta en el más mínimo detalle.

Sin embargo, ni siquiera los factores esenciales del desarrollo corporal están ampliamente divulgados, pues todavía hay madres que por cuidar su figura niegan el seno a sus hijos y muchos padres por evitarles el dolor de una picadura, los sustraen de las vacunaciones que los pondrían al abrigo de enfermedades que tarde o temprano diezmarán su resistencia vital. Hay muchos individuos que todavía ignoran los elementos esenciales de una alimentación bien dirigida y que atiboran a sus niños de dulces y otras mieles que halagan su paladar pero desequilibran de manera básica los principios esenciales de la ciencia de la nutrición.

A ningún jardinero moderno se le ha ocurrido tomar su semilla al azar,

sembrarla en un terreno no apropiado y no abonarla cuidadosamente. No obstante muchos padres de familia proceden exactamente igual que el antiguo jardinero rutinario que no aprovecha las nuevas adquisiciones que la ciencia le brinda.

Muchos sueñan con ver a sus hijos convertidos en atletas populares o en sabelotodo precoces y les sobrecultivan el músculo y fatigan la mente hasta conseguir su cansancio e improductividad, como en el cuento de la gallina de los huevos de oro. Otros, al contrario, quisieran tener al mimado retoño en un camarín donde no estuviera expuesto ni siquiera a la injuria del viento que pasa, cual el avaro que se satisface con el contacto frío de su tesoro o como el sabio egoísta que se niega a difundir sus conocimientos.

No son pocos los que ignoran, o sabiéndolo tienen miedo de aplicar, los principios esenciales que harían crecer el cuerpo armónico y regularmente mediante una alimentación dirigida según los dictados de la ciencia.

Protegiendo a los individuos contra todas las enfermedades que pacientes y concienzudos estudios han declarado evitables, se ahorrarían a la humanidad muchos días de dolor y muchas muertes inútiles.

Mi papel aquí debería consistir en hacer un llamado a todos los que me escuchan para mejorar el cuerpo con los conocimientos que regularmente se han vertido en nuestra preparación médica. Es cierto que esos conocimientos no tienen todavía la difusión que deberían tener, y ya es tiempo de que se emprenda una cruzada para que se infiltren y empapen en la mente de todos los ciudadanos del mundo, pero espe-

cialmente de los del terruño. Estados Unidos mismo, cuyos ciudadanos gozan de las mayores facilidades culturales y económicas para estar bien nutrido corporal y espiritualmente, no creen haber alcanzado el óptimo de su cultura y, con motivo del estado de guerra ha multiplicado todos sus esfuerzos para que las condiciones ideales de nutrición alcancen a un número mayor y mayor de individuos y se hagan realmente efectivas. En estos momentos se exhibe con profusión en Estados una película que con el nombre de «Hambre oculta» da a conocer que no es necesario tener una mesa abundante y cara para comer bien, sino que basta tener un conocimiento exacto de las necesidades orgánicas y saber aplicarlo, tanto en la tienda de comestibles como en la propia cocina del interesado. Por proclamación presidencial en la misma república del Norte se reconoció este mismo mes de mayo como al mes de las vacunaciones.

En nuestro medio pobre y casi huérfano de divulgación científica, esos estímulos y propagandas deberían ser más frecuentes y continuados. No vamos a esperar de nuestros trabajadores del campo que piensen en el cultivo espiritual cuando frecuentemente no alcanzan para cubrir las necesidades primordiales del cuerpo, que ellos mismos desconocen pero que el cuerpo reclama. Lejano está pero será dichoso el día en que en lugar del trago de aguardiente que embrutece y aniquila, hagamos a nuestros peones pagar por una exhibición cultural que al fortalecerlos de cuerpo y de mente los haga apreciarse más y los lleve a hacer pagar mejor el producto de su labor. Esto seguramente no consti-

tuirá ninguna amenaza para el equilibrio económico, social y cultural de la nación, ya que no lo ha constituido en los países que han considerado esa política como esencial a la prosperidad de la vida nacional.

Da grima pensar que algún día haya habido estadistas cuya norma básica de gobierno ha consistido en mantener a sus pueblos pobres de cuerpo y de alma para facilitar su «destino de directores».

El cuerpo sano multiplicará su labor material y aguzará sus ideas para hacer la vida toda más fácil y más valiosa.

Pero no basta cultivar el cuerpo; aún para las brutales exhibiciones de fuerza y para las luchas destructivas, necesitase que el individuo tenga un elevado cultivo de sus emociones y de sus facultades mentales. Tenemos también vivo el ejemplo de pueblos vigorosos físicamente pero sin noción alguna de los principios de equidad y justicia indispensables para la vida de los hombres y las naciones.

La cultura emocional le dará el equilibrio psíquico que lo haga ponerse al abrigo de los múltiples complejos, deprimentes o de superioridad, que hacen perder las más útiles energías humanas y que lleva a menudo al mundo a ese estado caótico, como el que actualmente deploramos con tanta pena. Los principios esenciales para la cultura emocional deberían enseñarse con tanto cuidado como el valor de la leche y de la carne en el menú diario del hombre.

Nadie se consideraría dichoso de compararse al roble robusto y hermoso que se destaca en medio del paisaje. Robusto, fuerte y hermoso,

no puede posiblemente el roble gozar de la belleza del paisaje, gustar del aroma de las flores y deleitarse con la música armoniosa de los pájaros que se protegen bajo sus ramas, ¡quien sabe! Tal vez pueda hacerlo, pero hay muchos hombres de quienes podríamos plantear exactamente esta misma duda y parece natural que tengamos derecho a considerarlos como unos desdichados. No han aprendido a gozar del espectáculo ambiente y a explotar las variadas y ricas ocasiones que les brinda el mundo para su propia elevación y su más delicado deleite.

Recientemente oía a un amigo dolerse del derroche de los dineros nacionales invertidos en redondear paredones y cubrirlos de grama. Pedía el aludido que esos dineros se gastaran en multiplicar las escuelas y en mejorar la asistencia en los hospitales, sin tomar en cuenta que estamos también urgidos de las escuelas de la belleza por cuya falta se han obtusado ya bastante nuestros sentidos; es con el cultivo de éstos que mejoramos como individuos y como conglomerados.

En las pruebas de ideación a que fueron sometidos muchos escolares de esta ciudad en nuestro recientemente clausurado Instituto Psicopedagógico, se encontraron frecuentemente niños que respondían a múltiples estímulos mentales con una sola idea, la del zapato para el caso, indicando la pobreza de los estímulos que en el medio ambiente y escolar habían recibido. Estos niños también posiblemente nunca habían tenido la agradable impresión de ver variados cuadros murales en sus escuelas, ni habían sido enseñados por sus parientes y maestros a apreciar la belleza de un arco iris ni a parti-

cipar en la alegría de los cantos de los pajarillos que anidan bajo el alero de sus casas.

El ansia de cultura falta, no sólo en los medios pobres, pues hay muchos medios acomodados donde sólo se aprecia por música el tintineo de las monedas, y donde sólo se disfruta el aroma de las viandas; el elevado consumo de licores en el país comparado con lo que se gasta en libros y conciertos, da una idea más clara de nuestra situación cultural.

Las recientes modificaciones fundamentales de nuestra escuela primaria hacen presagiar mejores días, futuro desdichadamente quizás todavía muy lejano, porque nosotros, los mentores de la niñez, aún no estamos suficientemente impresionados por esas disciplinas y por consiguiente en condiciones bastante desfavorables para difundirlas. Aún es posible que esas innovaciones y esos esfuerzos no perduren si no trabajamos intensamente porque los llamados a mantenerlas se empapen suficientemente de su bondad y trascendencia. En mis tiempos de primaria todavía se enseñaba historia natural sin jardines zoológicos, museos, ni aún cuadros murales. En ese tiempo no escuchamos en la escuela ni una nota musical ni un canto y aún el cultivo armónico del cuerpo por los ejercicios físicos se consideraba como un robo al precioso tiempo destinado al atiboramiento instruccional.

En ese tiempo no había jardines en las escuelas.

Con no poca razón creo que más a menudo los maestros empeñaban con el prestamista sus pocos haberes para conseguir el pan de cada día

que para comprar libros que aumentarían su bagaje de portadores de la cultura, tan necesaria a las tiernas mentes que estaban bajo sus cuidados. No hay que olvidar que el equilibrio económico del mentor es esencial, pues es la base de su estabilidad corporal y emocional; sin el riesgo de hambre y de depresión, puede entregarse con tesón y alegría al cultivo de los demás.

Para el cultivo de los sentidos, que forman como las avenidas luminosas por las cuales fluyen las emociones y conocimientos que hacen la vida de niños y adultos más valiosa para ser vivida, se necesita que el ambiente todo se llene de luz, de colores, de alegría, de músicas y de aromas; conviene también que haya siempre cerca del niño alguien que lo ayude a interpretar todos los estímulos nuevos. Equivale a decir que tanto en el medio familiar como en el escolar y en la calle, debe encontrar siempre a quienes tengan cultura, paciencia y tiempo suficientes para facilitarle la asimilación de las nuevas luces.

No basta realmente con que se modifique de manera radical y apropiada la nueva escuela, es necesario también que se establezcan numerosas escuelas para los adultos encargados de servir de «cicerones» a esos niños. En nuestro medio actual se ha comprendido esta necesidad oportunamente. En los últimos años se han multiplicado las sociedades culturales, ansiosas de llevar a los grandes el conocimiento tan necesario a la cultura de los pequeños, y nuestra misma escuela oficial ha creído necesario en los últimos tiempos establecer cursos de complementación para maestros. En las últimas semanas se ha abierto por el

Ministerio de Instrucción Pública, en esta capital, un centro de extensión cultural para todos los hombres de buena voluntad que quieran ampliar su visión en los elementos básicos de la cultura humana. A pesar de la magnificencia del gesto, nuestras escuelas para pequeños son escasas y los centros culturales para adultos no siempre cuentan con auditorios numerosos. Algo cojea por aquí: o nuestras escuelas no irradian suficiente luz, o nosotros amamos la obscuridad.

Hay muchas fuentes de extensión cultural que no son todavía utilizadas en toda su amplitud; del cine, por ejemplo, no se hace una utilización suficiente para la difusión de la cultura; ni en las escuelas regulares ni en las salas de cine que viven del negocio. El cine, lo mismo que la radio-difusión, necesitan una explotación más amplia en favor de nuestra incipiente cultura.

Nuestras exposiciones pictóricas, nuestros conciertos, parques, museos y demás centros de diversión, no ofrecen ni a chicos ni a grandes un guía que les abra los ojos y les aguce los oídos para aprovechar en mayor grado el esfuerzo que levantó esos templos de cultura y de solaz.

Aún las páginas cómicas y a colores de los diarios deberían tener una sistematización hacia la divulgación cultural.

He visto por ejemplo catequistas de la Religión Cristiana a quienes los niños acuden como si fuesen distribuidores de dulces, y es que esos catequistas han encontrado el secreto, no sólo de presentarles la verdad cristiana, sino de dárselas en forma agradable acompañada de cuentos, cantos y de colores que al mismo tiempo que se las hace más

fácilmente asimilable, les facilita la visión y comprensión de nuevos mundos.

El arma poderosa de la palabra es utilizada de manera admirable por muchos predicadores para atraer a conglomerados de fieles más y más grandes, que gozan al ver ahogada la exposición rutinaria de la doctrina con la palabra fácil y elocuente que aumente la belleza de las verdades eternas.

La Iglesia tiene la suerte de que numeroso público asiste habitualmente a ella; poco le falta para multiplicar sus esfuerzos para la elevación de la criatura hecha a «imagen y semejanza de Dios».

Sería de desear que tanto la escuela oficial como la Iglesia y todos aquellos que solos o en conjunto tengan algo que dar, hicieran un esfuerzo más y extendieran la rica simiente que tienen en sus manos sobre horizontes más dilatados y en surcos más profundos.

Cultivado suficientemente el cuerpo para que goce en pleno de toda la fortaleza y satisfacción de la salud, educados todos sus sentidos para absorber íntegramente todos los estímulos de este mundo portentoso, será fácil introducirlo a las enseñanzas técnicas que han de aumentar más su bagaje de conocimientos y que le han de facilitar la llamada «lucha por la vida», a la cual no hallará ingrata ni ruda si ha sabido explotar íntegramente todos los elementos de vitalidad con que le obsequió el Creador de los mundos.

Esos son los elementos básicos del cultivo de la vida que deberían formar la parte esencial para el plan de trabajo y de goce de todos aquellos que anhelan una mejora justa de las condiciones ambientales.

Centros en que se enseñe el cultivo del cuerpo y de la salud deberían establecerse en todos los lugares en que se encuentre un ser vivo, y las escuelas para el cultivo de los sentidos y de las emociones deberían hallarse en todos los rincones de la tierra. La labor de las escuelas y de las universidades resultaría por esos mismos hechos grandemente facilitada y extendida para que alcance un mayor número de individuos.

Todas estas no son ideas nuevas en nuestro medio. Constituyeron el afán de uno de nuestros pensadores más ilustres y más humanos: Alberto Masferrer. Su teoría del «Mínimum Vital» debería ser nuestro credo desde el apareamiento de un sol hasta el apareamiento del sol del nuevo día.

Perdonen ustedes que para llenar mi parte en el programa de los cursos de divulgación cultural del Ateneo no tomé un tema que los deslumbrara con el conocimiento de algunos de los avances maravillosos de la ciencia; esa fué mi intención primera: hacer una selección de adquisiciones recientes de fisio-patología humana, que mostrara lo admirable de ese engranaje maravilloso que busca el constante equilibrio de la salud. Pero ya con el esquema preparado lo abandoné por este otro que es tan viejo como el mundo y espero seguirá siéndolo hasta que el mundo termine; cuando ya no aliente en nosotros el espíritu de mejora, puede muy bien el hombre desaparecer, pues ya no valdrá la pena de que la vida humana se deslice sobre la tierra.

# FUNCION DEL PENSAMIENTO EN ESTRUCTURAS DE LA AMERICA NUEVA

## LA MUJER, FACTOR INDISPENSABLE PARA LA EVOLUCION

*Conferencia leída en el Tercer Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, efectuado en la Universidad de Tulane, New Orleans, E. U. A., del 21 al 24 de Diciembre de 1942, para el que fué invitado el autor*

1 —

EN América espérase el renacer de otra cultura para el mundo. Renacimiento por fuerzas que, moviéndose desde arriba, lleguen a abajo, remuevan estratos sociales, desentierren substancias que permanecen en potencia, para que surja la nueva vitalidad del ser en estructuras que se están forjando.

Socavar raíces y colocar cimientos sobre que se gesticione el futuro de América —vale decir del mundo— es la obra empeñada; si bien es cierto que en la natural evolución de seres y de cosas, se labora con el plan que impulsan primordiales energías.

América da pulso a nuevo organismo de civilización y de cultura, palpitante éste ya, y que posee contornos animados por matrices de tiempo.

Podrían mencionarse nombres de jerarquía, de hombres que han contribuido a nutrir ese organismo en formación; mas —por el ambiente en que se mueven los que componen esta reunión de familias del pensamiento— sería sobrancero enumerar a los que aportaron sangre de su propio cuerpo para el desarrollo de tal organismo, vislumbrado y apreciado por influjos de su entidad que ya alienta caracteres.

¡No bastarían nombres! La lección

de aquellas mentes sirva de estímulo para actividad más viva en el campo de las experimentaciones; pero no basta. Porque para la nueva existencia de América no son suficientes las especulaciones periféricas. Tiempo de sobra se ha agotado en abordar problemas éticos aparentemente resueltos, pues que tales problemas nunca se resuelven. Abundosamente se ha viajado con y en torno de métodos experienciales —el de Claude Bernard, para citar uno— en busca del qué de la acción. Se ha teorizado mucho, y ya existe necesidad de aplicar métodos, de vivir teorías, si es que los hombres del pensamiento en el Nuevo Continente han aprehendido, discriminado, sentido, esos métodos. Urge que de la teoría del conocimiento se pase a la práctica de ese conocimiento en el trabajo cotidiano, para no sólo conocer, ni circunscribirse a saber en qué forma o tiempo desenvuelve —o se desenvuelve— un sistema filosófico o social, no importa que en esa actitud vivamos —como lo comprobaba un distinguido filósofo colombiano— en el siglo V. de Grecia, al referirse al Atomismo.

La experiencia de otras civilizaciones y culturas, en el caso de Amé-

rica, sería lección histórica-objetiva y no basta. No basta porque tenemos que practicar nuestra razón de ser, poniendo en actividad el propio conocimiento, aplicándolo de acuerdo con necesidades vitales, sujetando los componentes de que está integrado el Continente Americano, los cuales componentes, a todo trance, tenemos que poseer positivamente.

La filosofía y el arte de filosofar —permítaseme esta apreciación— ya es hora de que aporten contenidos bastantes para que con ellos podamos extraer esencias y potencias del hombre americano: de la atmósfera, clima, ambiente y suelo americanos, presencias con calor, que se muevan, actúen y vivan en servicio del hombre, por el hombre y para el hombre. Precisa compenetrarse de las generales urgencias de América. Es urgente que las divagaciones, que los esculcamientos en biología y en psicología, en física y química, en sociología, etc., sean provechosos en el grado mismo de la necesidad para vivir el pensamiento aplicado. Que las elucubraciones en torno de teorías, tendencias, escuelas —suficientes ya para ensayos—, fórmulas, sistemas y métodos, sirvan con eficacia; que lo que aprendimos con Aristóteles —presente aun en la estratósfera del intelectual fatigado por conocer y enseñar teorías— dé cabida a la nueva savia de vida que deseamos; que dejando un poco de catedrizar con el «pienso luego existo» —oportuno para interpretación de aspectos existenciales extensamente comentados; que, conociendo proyecciones y atributos de la razón kantiana, como de la dubitabilidad de Schopenhauer y su escepticismo flagrante; que asiendo los desbordes trituradores de

Nietzsche y percibiendo a Hegel —final de una jornada investigativa y principio de todas en interminables búsquedas de satisfacción y de sabiduría; que a bordo del espinosismo en su lógica del uno en todos y todos en uno; que recorriendo el trayecto psicoanalítico de Freud y abrazando la Empatía de Adler, así como acaparando la posición del hombre en lo inconciente de Jung; que actuando con positivismo de Comte, y moviéndonos dentro de la condición del ser y el tiempo de Martin Heidegger —su metafisismo que ha hecho tropezar el pensamiento de muchos; que con el evolucionismo de Spencer y reviniendo desde el *homo* del autor de la Idea Absoluta hasta llegar al neo-psicobiologismo de Splenger; que, aun con la angustia del danés Soeren Kierkegaard y la vitanda soñación de Franz Kafka; que, repito, en este viaje —no olvidando que vivimos sobre la tierra— viemos al procedimiento sabiendo cómo proceder, eficientemente, para poner en función las fuerzas del hombre de América, desentrañando así el soberbio enigma de la realidad, arrebatándole a ésta sus secretos, sus fenómenos, sus productos; enigma de la realidad que tanto preocupara a Pedro Soudereguer: viviendo así esa realidad venidera, encerrada hoy en el futuro del mundo y latiendo en el vientre de América. Porque aquellos conocimientos, sabidurías y abstracciones pueden ser muy permanentes en alturas mentales, de seres que no descienden al estrato social que debe removerse desenraizando el contenido que llevará el nuevo tipo de América y que deberá —por ende— influir en el civilizado tipo de otros lugares del mundo.

Fuerza es aplicar esta verdad de ser que llevamos adentro. Eso, más que otros, está obligado a hacerlo el hombre de pensamiento, por su mayor capacidad de hollar dominios del ente que se debate entre desgarraduras de tiempo y de espacio; entre misteriosas tempestades y luchas desesperadas; ente que agoniza en las selvas o en aldeaños de ciudades —o en las mismas ciudades— entre el miasma o la madriguera de la mina, o entre amenazas de animales ponzoñosos; o ahí, donde las enfermedades aniquilan cuerpos llevando supremacías: prisionero este hombre en ligaduras ambientales o calcomanías de clase.

Porque estamos impelidos a llegar a los subsuelos, la tarea es de los hombres del pensamiento que puede socavar, extraer, forjar y alentar estructuras de la América nueva en el renacer de una civilización y cultura más completas, más integralistas, más humanas, humanitarizantes; más occidentales si cabe decir. En dos palabras, más cristianas.

En el decurso de los siglos las luchas que han llegado a la conciencia de las masas, a los hombres de la gleba, del martillo, de la azada y del yunque; del sujeto que se gasta sin saber por qué se gasta, son las que han resistido más, estando más firmes por sus constituciones ideológicas e idealistas. Y tanto, que aun viven sosteniendo empujes de tiempo.

¡Hay que ir al humanitarismo con material humano!

Al sostener que los hombres de pensamiento tienen sobre sí la carga del porvenir de la humanidad en América, es porque en todas las épocas han sido ellos los creadores, alentadores y mantenedores de princi-

pios; los que han dado fórmulas para evolucionar. Son ellos los que han hecho vivir en acciones las ideas, enunciados, doctrinas, postulados, enseñando por qué se avanza en sendas de perfeccionamiento —aunque a veces se sufran mortales desviaciones—; perfeccionamiento al que por ley tiene que ir la humanidad.

No habría más que que hacer recuentos en viaje de introspección a lapsos en que apareciendo el individuo que dejó su cáscara cuaternaria, búscase en entrañas; entrañas de adentro y de afuera y de todas partes, tratando asir sus sentimientos y alcanzarse en mejoramientos de ser. Para no ir más atrás podría considerarse al Renacimiento que partió de Grecia y que sirvió más para Italia: ¿Quiénes encauzaron corrientes para revisión de ideas, de sabiduría, de arte, de ética y religión, para constituir al tipo de cultura individualista? Irrefutablemente, ineludiblemente, fueron los hombres del pensar, los que manejaban los útiles de la mente.

¿Quiénes promovieron la revolución francesa, de la que salen éticas y estéticas y contratos sociales? ¿Movimiento éste que dió en tierra con la representación del absolutismo medieval? ¿Acaso no fueron los enciclopedistas? ¿Acaso no los que aplicando el conocimiento exacto en medios para evolucionar, con sangre y con sacrificio —porque toda libertad y toda evolución tiene contenido de sangre y de sacrificio— promovieron acontecimientos, abriendo las compuertas del derecho del hombre; acontecimientos creados por ideas, suprimiendo así, más que un monumento de suplicio y de muerte, la oscura oligarquía destructora? Esta emancipación de los pueblos de

América, ¿no obedeció acaso al ansia de realizar un ideal de liberación atizado éste por ideas —fuego magnífico para fundir cadenas—, por lo que pudieron desasirse de la dominación española, unos; inglesa otros y lusitana la de más allá?

Fueron hombres del pensamiento bien dirigido los de la tarea magna! No los exclusivamente profesionales; no los de fórmulas de farmacopea ni de física, ni los del laboratorio, ni los que establecen planicies o angulaciones con el teodolito, ni los astrónomos, ni los economistas, ni los legisladores: que éstos llegaron después. Fueron los hombres mentales que empujaron, en la avanzada, fuerzas indestructibles para el logro de vida diferente; vida que —distinta a la anterior— estamos precisando ahora.

¿Y bien? Cuando se sostiene que debe llegarse a la raíz, al subsuelo, así como penetrar ambientes y climas, es porque de ello urgimos, imprescindiblemente, para la formación del tipo americano. Porque —cual quedó afirmado anteriormente— los Renacimientos habidos fueron para mejoría de alturas, para el hombre de cierto nivel de cultura donde no estaba el ente que es sostén y plataforma de edificios de las demás clases sociales. El Renacimiento en Italia fué para revisión histórica —si se quiere—, para, en un levantamiento individual, salvar al espíritu de civilización que naufragaba; del arte que se anquilosaba; y para que de esa revisión e impulso surgiera —como surgió— la tipología de otra cultura, valorizando, o revalorizando, lo que se quedaba y poniendo en función células nuevas que enlazaran horizontes y para llegar a distancias en las que había que vivir. Así se aprecia có-

mo de aquello salieran: desde el Maquiavelo que aún sirve de pautas a los políticos, hasta el Dante que en su Comedia planta la vivencia y permanencia de efectos dejando de esta manera establecido de que lo que se hace tiene su consecuencia: si el hecho fué bueno, la consecuencia igual. Si malo, malo. Y están, entre otros, el Petrarca, dos veces coronado, Torcuato Tasso, Ludovico Ariosto, Juan Trissino, el trágico, y aquel fenómeno de precocidad que se llamó Juan Pico de la Mirandola. Y aquellos místicos y sabios, sacrificados al pie de sus inamovibles fervores y virtudes: Giordano Bruno, Galileo, Jerónimo Savonarola. Y en arte? En tanto que Leonardo Davinci oraba con el pincel haciendo resplandecer el homenaje a Beatriz de Este, con La Cena, en el refectorio de Santa María de las Gracias, las gamas del Veronesse incendiábanse en colores de holocausto. Y si las arquitecturas de Felipe Brunelleschi teorizan reminiscencias euclídeas, Giovanni de Fiesole ilumina con sus tonos el vuelo de los ángeles en sus cuadros; Luca de la Robbia esculturiza el gesto dejando el alma en los pliegues pulimentados del mármol. Y si eso pasa por ahí, allá en el taller cultural del orífice, Benvenuto Cellini incrusta gemas en los puñales que podrían relampaguear y quedarse prendidos en el busto de la amante al término de la entrevista incestuosa...

En fin...!

En lo que corresponde a lo español el Renacimiento rebasa bordes colosales como que en él adviene la prolongación de una realidad geográfica, fenómeno imprevisto para los habitantes de la vieja Europa, pues

que Colón aporta el contenido de un mundo que estaba aquí, un nuevo Continente, y sin catalogarse, a los dominios de la España de Fernandos y de Carlos.

¿Y el Renacimiento francés? ¡Ah...! ¡Y aquí sí! Preparó la posición que el hombre debería tener asumiendo sus derechos. Adelantó trabajos para que Francia —con el sacudimiento que conmoviera al mundo— provocara acciones de justicia, de equidad, de fraternidad, conduciendo, hasta donde le fué posible, entendimientos relativos entre los señores del feudo, la burguesía que delimitaba funciones y el sujeto que andaba por ahí buscando y buscándose, encontrándose únicamente en la sombría Corte de los Milagros, el arrabal y la ergástula, sin saber dónde hallar lugares que le pertenecían como entidad humana.

Y desde Grecia a Italia, España, Francia, Europa toda —mejor dicho— los hombres del pensamiento han sido los que han llevado sobre sí la responsabilidad y el comienzo, la doctrina y los hechos, revolucionando para construir. Promoviendo revoluciones de sucesos trascendentes para adelantar, jamás para retroceder. A estos hombres de ideas constructoras sumáronse otras fuerzas, vigorosamente, al apreciar que el pionero mental hacía brechas por las que transitaría una transformada savia vivificadora. (Hay que sostener que las revoluciones sin finalidades de perfeccionamiento, sin energías creadoras, sin impulsos a mejoras verdaderas, criminales son y anarquizantes, y deben condenarse.)

Precisa en estos momentos, a más de conocer, a más de sentir la necesidad y el ansia de darle otro rumbo

a la existencia, comprender esta necesidad y el porqué del ansia. Comprenderlas intensamente, pues que el problema general de la humanidad es de comprensión. Y con la comprensión, que actúe leal, eficiente y decididamente, el pensamiento, con amor al hombre y a lo que le rodea.

Afirmado y repetido que los avances para la civilización y cultura habidos en el mundo han obedecido —en su mayoría de veces— a procurar mejoramientos de cierta elevada constitución mental y social, tales afirmaciones y repeticiones tienen por objeto exponer y confirmar que los que siempre han comenzado y que han estructurado principios y doctrinas, han sido los hombres dedicados al ejercicio de la mente; y que las doctrinas, principios e ideologías que llegaron a la conciencia de la llamada masa social, clase popular, trabajadora en el agro o en el taller, resisten cataclismos de tiempo y empujes, desconsoladores para quienes no creen en el poder de las ideas.

Y si el Renacimiento fué para revisar actividades y para alentar calores, que decrecían en aquella decadencia de que tanto nos ha hablado Montesquiu, y empujara ciclo evolutivo e individualizara cultivos mentales, en este Renacer que se espera, en vez de revisar archivos y de unilaterizar actividades, valorizaremos, en reivindicación justa, al ente: a lo que está perenne e indestructible en la substancia humana luchando siempre en esta lucha en que se manifiesta la humanidad.

Apréciense ahora lo que pervive por ideas que conmovieron condiciones sociales y que llegara a las masas: doctrinas, principios, ideologías

amalgamadas en ansias, ideales, anhelos, aspiraciones y deseos.

A través de veinte siglos las doctrinas de Jesús de Nazareth perviven en el mundo. Son respetadas. Y aunque discutidas y atacadas inconsistentemente, permanecen porque penetraron sentimientos de gente sencilla, pescadores y campesinos. Terremotos ha habido —y los hay aun— tratando de socavar aquellas doctrinas. Y éstas resisten. Luminosos están el «Ámaos los unos a los otros», «No hagais a otro lo que no quieras que te hagan», «Áma a tu prójimo como a tí mismo», y que ello no es sino centración del Decálogo estereotipado en las tablas del Sinaí.

Firme está, así, lo que adviniendo de la Luz llega a la obscuridad, quemando sombras y transformando las tinieblas en claridad. Que los hombres no han podido vivir el enunciado «No hagais a otro lo que no quieras que te hagan», débese a la falta de comprensión para actuar con ESO —en el paso de esta vida de sombras— y cumplir así con un deber de fraternidad integral en regulación de relaciones humanas.

Cuando desde arriba —lo que denominamos arriba— se llega a las capas subsuelarias y éstas son incorporadas a planos de equidad social, se está sirviendo a la evolución y por ende a la cultura.

Recuérdense los declives del clero en aquel siglo XII, en que se dislocaban vértebras de ese organismo por motivos que aquí sería extensivo detallar. Pues en aquellos años surge Francisco Bernardone —Il Poverello— oportuno y eficaz en sapiencia de humildad, mansedumbre y amor, con lo que hace ganar al clero. Surgen y su palabra tiene oídos que

le escuchan en lo profundo de entidades mínimas, sencillas y olvidadas. Funda conventos. Les habla a los animales con acentos de hermandad, conjunta en dulzuras y tolerancias las voces del eterno devenir y salva así de mayores descensos a ese clero que hacía curvas declinantes. Descensos de los que le hubiera costado salir, aunque se restituyera en puntos.

Y otra prueba: Sócrates hizo más, en honduras de sabiduría, en la mente abstracta, en las cunas incipientes y en el ágora del entendimiento, que Pericles. Sin embargo..... Aunque Sócrates, sacrificado, alentando con su muerte el Verbo que no perece, latente en labios de humanidad sapiente, Pericles, político, guerrero, popular, estafador si queréis —como le llamaron algunos de sus contemporáneos—; pero ahí está ese Siglo de Pericles, viviendo no sólo en los fastos del conocimiento, sino en el corazón de los acontecimientos históricos del mundo.

Y para poner, o agregar algo más, están las doctrinas de Karl Marx, fallidas un tanto, pésimamente practicadas, interpretadas desordenadamente para una función exacta; pero... ahí están. ¡Y cómo sacudieron —han sacudido— los mundiales organismos sociales! Y están porque llegaron al pueblo, porque han perforado basamentos clasistas, porque se introdujeron a la masa, faltando— eso sí— la dirección apropiada, por lo que aquellos principios fueron prostituidos en la práctica, en vez de ser mejorados; extraviados en su rumbo,—pero no destruidos— no actuando como debería actuar la economía social.

Por todo ésto y no porque yo esté de acuerdo con sistemas que ex-

treman medidas, lo cual sería asaltar, anarquizando criminalmente, retrocediendo en vez de avanzar, es que el hombre de pensamiento debe proceder en fraternidad, corporizando ideas en la estructura nueva que aspiramos.

Repugnan los extremos. En el fiel regulador está el equilibrio y la armonía, hechas las remociones indispensables e indeludibles en cualesquiera cambios económico-sociales.

A la mente abstracta, aguda y esplendente, sutil y maravillosa para elevados tallos de cultura; debe ponerse substancia de mente concreta. Al vivir en periferias fantásticas o subjetivas, en realidades hiperbólicas para mentes excelsas, la realidad del cotidiano resolver asuntos que están en el ser y en torno del ser. Al Quijote que, en pureza, libera damas y discurre peregrino en utopías, hay que colocarle a Sancho para el complemento. Y a este complemento, con Quijotes y Sanchos, es que llama la América en momentos en que el mundo aniquilase en un caos —genésico puede afirmarse— del que tendrán que salir normas y métodos de vida diferentes. Llama la América, con un poderoso grito, a la liberación del mundo, desde el alma y nervio de una verdad viva. Llama, y los hombres del pensamiento —sobre todo—, desde el zodiaco de sus ambulaciones aparentemente autónomas, deben acudir al llamado. Es la llamada a la razón de un ser que se anuncia con los albores que espantan en la noche alumbrada por llamaradas de exterminio. Llama con feroces aboliciones de seres, con signos de muerte que son germen de otra vida. Llama y es el brote convulsivo que desde el vientre dis-

puesto a dar productos esperados, rompe enigmas: es la necesidad de un nuevo sentido vital que ya no cabe adentro de la espera y que quiere ser realidad para el mundo; es, en fin, la atracción de una evidencia que se impone.

Sabiendo, como sabemos, que en cada individuo hay una integridad real y cósmica, manifestación del Logos que lo anima todo, y que el hombre agoniza entre dilemas constantes, y que en vez del ASI COMO PIENSAS ASI ERES, de la razón kantiana, y del ASI COMO CREES ASI ERES TU de Kierkegaard, debemos —pienso yo y creo— integrar la vida del ser, no solo como se piensa y como se crea, sino como SE PIENSE, SE CREA, SE SIENTA Y SE ACTUE, responsabilizándose, con esa responsabilidad del ser en el hombre: conociendo y comprendiendo. Y a mayor conocimiento y comprensión, mayor responsabilidad. Y siendo los hombres del pensar los que poseen en mayor grado la percepción y el conocimiento, correspóndeles mayor responsabilidad en las hornadas de evolución humana, situándose dentro de acontecimientos que ellos mismos idearan, presintieran y crearan, actuando en ellos con certeza.

Vivir optimismo es adelantar realidades para plantarlas en los caminos de la existencia, apartando la actitud contemplativa, de abstracciones y distracciones, cargando con energías constructoras la actividad.

Pero, podría creerse que aquí se está tratando de abolir lo inabolible, de destruir lo indestructible, cuales son los estudios del conocimiento; o que, en derrotismos de filosofía, se quiere poner en fuga a *normas sapiens*. No! Estarán ellos ahí, con

el *homo sapiens*, viajero en éteres de filosofía, barrenando misterios o perforando profundidades metafísicas. Lo que se preconiza aquí es la realización del conocimiento en servicios efectivos: necesidad de aplicar ese conocimiento en la diaria contienda; hacer vivir la experiencia, de que sea práctica la sabiduría y que el resultado se sienta provechoso y bondadoso, dándole su valor al ser; y que todo se produzca en servicios generales, ya que no es posible dejar de existir dándole y sacándole jugos a la tierra, madre de todo lo humano y no humano. Que lo que se ha aprendido se ejerza, no para determinado grupo; que la sociología, tan maltratada y erradamente conducida, sea portadora de bondades; que más que nunca sirva la matemática en lo humano; que los métodos económicos fructifiquen haciendo producir la espiga nueva en harinas benefactoras; que esa filosofía y esa psicología y esa biología se muevan abarcando las distintas posiciones del hombre; que el sacerdote—de cualquier religión—instruya con misión humanitaria, humanizante, trasmutando llamas de luz celeste en luz para el cuerpo,

luz de carne y sentimientos, luz de cualidades para la verdadera redención: luz de justicia, luz de fraternidad, luz de amor; que el maestro enseñe rutas seguras dándole a sus discípulos el material adecuado para que formen su conciencia, construyendo. Son los maestros índices de civilización y de cultura. Ellos están obligados a asistir con fervor la cruzada evolutiva, siendo, como es el maestro, orientador; y siendo como es el niño, materia plasmable, semilla de futuros; que el arte desenvuelva su eminente función social, función de salvamento, para lo que está llamado, y que, fertilizando presencias, muestre lo luminoso y eterno en su labor edificante, al desentrañar la realidad, ajustando la conciencia artística al provecho humano! Y sea el arte útil y placentero, como quería Horacio! Y el periodista? Entra éste en función prima; en aulas públicas, maestro; vigorizador de razón, energía inconfundible, vigorizador y creador de situaciones. Decir periodista es decir acción en marcha sangrante. Y decir periódico es mencionar *al porta* y magna voce de procesos cuando se cumple con misión de avanzar orientando.

\*\*\*

2—

En esta obra, la mujer, centro principal de atracciones y animadora de vida, tendrá imprescindible trabajo, valor, actividad, fuego: la mujer-brújula, mujer acción, mujer impelida a salvar el puente extendido entre un ayer de elucubraciones, frenesíes, odios, venganzas, ambiciones, desenfrenos, postración, muerte, y el hoy en donde abre sus brazos

la encarnación de una esperanza; el brote que, entre malezas, lucha por ser árbol y fructificar beneficiosamente; la cifra que en suma y multiplicación va a la cantidad; el signo que se transforma en fuerza, la molécula que unida constituye el cuerpo. Es la mujer que con el advenimiento del veinteno siglo ha venido transformando su constitución

mental y volitiva, siguiendo —extraño para muchos— rumbos preponderantes en características sociales, familiares, económicas, religiosas. Es la mujer que, apercibiéndose en lo que es y vale como entidad, deja de ser esclava del hombre y continencia sometida a gustos y caprichos de éste, y que —célula vibrante, ardiente— se paraleliza al hombre en múltiples circunstancias, con la mente abierta a las más intrincadas pruebas. Bullendo en composiciones diversas de latentes problemas, le disputa lugares, resuelve situaciones, así como le supera emocionalmente —le ha superado siempre— en calores intuitivos y agudezas perceptuales.

En la corriente evolutiva la mujer ha garado posiciones. María es emblema de sacrificios, de resignación y de amor. Ejemplo de valentía, de repujado sentimiento patrio y de dignidad maternal fué la madre de los Gracos. Y ya es Judith que salva al pueblo de Bethulia, o la campesina iluminada de Orleans sacrificada por la libertad del pueblo francés. Mas no ha sido solamente eso, porque obediente al impulso renovador, organiza centros de caridad, legisla para sentar cátedra de piedad, con Concepción Arenales, y es genialmente científica con Madame Curie, en estos tiempos modernos; pero no basta. Debe ser la mater excelsamente y *humanamente humanitaria*; la que enseñe caminos por donde ha de viajar la verdad futura; la que hurgue en entrañas de presente y le arrebatte secretos a la vida. Y sea más luchadora, combatiente en la batalla de la nueva cultura. La mujer que, como Eleonora Roosevelt, Gabriela Mistral, Carmén Lira, Mari Blanca Sabas Alomá, Magda Portal

y otras, pregone, actúe y atienda la generación que estará bajo su cuidada responsabilidad. La mujer es ahora la maestra en función, agitada en fiebre de trabajo, enterrándose, entera, en el alma y la conciencia de los niños —y hasta enseñándole a los hombres— dirigiéndolos a seguras finalidades. La mujer, no obstante su disputa en atributos con el hombre, no ha perdido aun su delicadeza emotiva, la sentimental naturaleza femenina, ni aquello que jamás podrá ser suprimido en ella: la maternidad. Todos los hombres somos hijos de la mujer, porque ésta, sin llegar a la concepción, se adelanta a ser madre para los hombres; que es inmanente en ella la maternidad! ¿Que no se aprecia acaso cómo, desde niña, mima, trajea y llama a sus muñecas con nombres, en indicaciones de lo que llegará después? Será la mujer la que tendrá que moldear lo que la idea del hombre, pensador, filósofo, sociólogo, economista, científico, engendre, para que ésto tenga presencia viva en el cuerpo y en el alma de América. La mujer le disputará a la muerte —vale decir estancamiento— derechos de posesión para alentar acciones. Y será ella la que cooperará en el renacer en pleno a nueva realidad humana, generada en el vientre del mundo, en América.

Palpita ya la mujer en esta cruzada. Millares y millares de escuelas están bajo su índice direccional. Miles y miles de mujeres acaparan actividad y conocimiento que distribuyen en beneficio de lo que el hombre mental está arrojando —unas veces desorganizada e indirectamente— por los rumbos de esta América que se prepara a ser madre, en abolición de la virginidad antonomásica, cali-

ficativo que implica falta de madurez e incipencia, y que arranca de ruta que tomó el Nuevo Continente al emanciparse de España, madre ésta de civilizaciones.

Se ha mencionado la escuela al mencionarse al maestro y a la maestra, ¡Escuela! Y qué palabra para estar nutrida de contenido creador! ¡Qué vocablo para encerrar porvenir! Escuela no es sólo el aula o aulas en donde se imparten y se reciben lecciones, con materias que a las veces de nada le sirven al hombre o a la mujer. La Escuela, integralizada de acciones, ancha, extensa, intensa y trascendente, no debe estar sometida, ni limitada por paredes o cercas de campos; porque la Escuela debe estar en todo y con todo: en la calle, en los jardines públicos, en los parques, en los espectáculos, en las casas, templos, caminos, agro y hasta en la misma escuela.

En estas funciones creacionales, el Estado, los Estados, los Gobiernos, componentes de la geografía humana, darán lo que es deber dar, obligación de dar, puesto que el servicio es general, y, en el progreso y adelanto, se identificarán todos los componentes en la cooperación. Serán los Gobiernos los que estarán prontos a facilitar el desenvolvimiento de labores, proporcionando el material mediato, impulsando actividades y atendiendo con preocupación y oportunidad eficaz las condiciones en que se vayan situando las etapas evolutivas.

Muy entendido está que en todo este viraje a nuevas formas de vida, tiene punto principal la geografía humana, las condiciones ambientales, producciones naturales, recursos económicos, tierra, clima y que, en investigaciones indispensables, y de

estas investigaciones, se sacará lo apropiado para el desenvolvimiento funcional del hombre.

Dicho quedó con anterioridad —porque sería ir contra los principios de la realidad histórica (que el ser humano es historia) y contra la verdad filosófica y la ley existencial— que no se busca ni se quiere abolir la actividad mental en espacios del conocimiento abstracto; ni la esencia espiritual, ni el ejercicio en viajes astrales. Lo que se busca y se quiere, es el consorcio humano, coordinación del espíritu y de las cosas reales; función del espíritu en lo humano, equilibrio y leyes de equidad; que todos sean atendidos —quedó expuesto ya— por el hombre, con el hombre y por el bien del hombre en unidad y fraternidad verdaderas y no utópicas, ni con apariencias de verdad lo que está lejos de serlo.

En suma de savia eidética con porción fáctica, dejaremos la contemplación para vivir la acción. En vez de abstraernos místicamente en la suprema hermosura teológica de un ALLÁ (que está aquí), pondremos en movimiento la suprema realidad terrestre y humana: sentimiento, voluntad, pensamiento, músculo, armonizadamente, con firmeza y solidaridad reclamadas y ajustadas a un nuevo sentido vital, comprendiendo como hay que comprender— que el hombre es vértice, de lo de arriba y de lo de abajo, atado por ligaduras que tiene que dominar, que lucha por dominar.

Así, poco más o poco menos, en un leal anhelo, debe ser la función del pensamiento en estructuras de la América nueva. La sociología y las demás ciencias, el arte y todo, valorizando al ser, revalorizándolo

justamente, afianzándolo justamente en ámbitos de justicia social, de justicia legal, de justicia económica, justicia integral, permanente, en órdenes y atributos existenciales. Si queréis, un materialismo de integraciones constructivas. Jamás un materialismo destructivo como el que generó el Positivismo nietzscheano: materialismo éste para ambiciosos de poderío y de supremacías raciales parapetados en la fuerza, en el poder de la máquina, del gubernamental, con medios de sojuzgamiento, de mordaza a todas las actividades nobles. Materialismo de corrupción, de dolo y de muerte.

Aquél es el renacer que se aguarda y que se está urgiendo. Humanitarismo accional, fraternidad y solidaridad, y no humanismo revisor de lo que se queda, o para adelantos unilaterales de determinadas clases sociales.

Lo anteriormente expuesto es producto del anhelo, deseo, aspiración y ansia de un ciudadano de América; de uno que quiere ver puestas en acción nueva, las fuerzas del pensamiento alentando renovadas formas de vida. Proyectos, planos, trazos, plataformas, se irán desarrollando conforme las necesidades de esta obra dimensional, intensa y extensamente vivida, aunque para ello haya dificultades, luchas, tropiezos y has-

ta muerte; pero saliendo siempre con vida y adelante, moviéndose y actuando los personajes en ritmos de relaciones equitativas. Más profunda en realidad que la que presentara Pirandello en el estrado de la farsa con sus Seis Personajes en busca de autor, farsa en la que fondo y formas se compenetraban, se confundían, se hacían acción en esencia y presencia. Y más profunda y más viva y vivida será lo que tendrá calor y pulso, en la realidad de América. Porque aquí el movimiento— que ha venido desde arriba, desde la altura del pensamiento— será desde la raíz a conjuntarse equilibradamente en el centro. Movimiento cíclico. Realidad en que el autor y actor y espectador, esencia, potencia y presencia y contenido y todo, será igual: mente y músculo y espíritu en consorcio magnífico. El hombre del pensamiento actuando. La ciencia actuando. El método actuando. Los Estados y Gobiernos, actuando. Los legisladores, actuando. Y el arte y los sacerdotes y la Escuela, actuando. La justicia, efectivamente, actuando. Será una actuación en la que no se conjugará el verbo ser, particularizándolo o personalizándolo: yo soy, tú eres, él es, sino que en una pluralización de unidad, unidad pluralizada, conjugaremos: TODOS SOMOS!

# RECEPCIONES DE CULTURA

*El Doctor Don Manuel Castro Ramírez, en nombre de la Academia Salvadoreña de la Lengua, de la Academia Salvadoreña de la Historia y del Ateneo de El Salvador, presentó al Dr. Don Laudelino Moreno*

## SEÑORAS Y SEÑORES:

Hay valores eternos, con raíces profundas en la ascendencia ibérica, a los cuales tenemos que rendir constante culto si queremos sobrevivir en la liquidación definitiva de todo apetito imperialista. Porque la humanidad va tras esa aspiración, o serán inútiles é infecundos sus actuales sacrificios.

Tanto monta que se hundiera la monarquía española después de tremolar por siglos la bandera rojo y gualda, herencia de la monarquía gótica y de las otras que fueron formándose durante la reconquista; y que después surgiera la república, para desaparecer pronto envuelta en sangre y en lágrimas. No importa!

La vena greco-romana nos vino por el camino de la conquista; y a esa estirpe latina no vamos a renunciar porque el mundo, ahito de miserias y de fracasos, se precipite en un abismo sin límites.

Para los salvadoreños España es inmortal; y en el decir de un poeta americano ella enseña con la pluma de Cervantes y vence con la espada de Pelayo. Sus sufrimientos la engrandecen; sus torturas aquilatan su nobleza y sus congojas, congojas de nuestro espíritu son.

En estos tiempos de luchas y de enconos en que se estremecen los cimientos de una era agonizante, nuestros pueblos ven a la Madre

Patria «Amazona de la raza latina» como un rayo de esperanza que se convertirá en aurora radiante de paz y de resurrección.

Monárquicos o republicanos; rojos o conservadores, sus hijos nos merecen respeto y simpatía.

Quisiéramos para la tierra del Cid y de Calderón sólo días de esplendor y júbilo; pero no heriremos la tradición hispana dando alientos a la desesperanza ni sembrando amarguras en el camino de la fraternidad.

No renunciaremos jamás a la gloria de los Fueros, origen de nuestras libertades; al deleite de la lengua; al refugio de la Fe; y a la Ciencia y el Arte, que a raudales nos vinieron de la Madre Patria.

Por ese canal nos llegaron el clasicismo y la filosofía, es decir, la Belleza y la Luz.

De ahí que la presencia entre nosotros de un español de estirpe intelectual sea motivo de regocijo y resucite los anhelos de comunión espiritual con quienes son exponentes de la raza hispana y han vertido en libros sapientes y en cátedras magistrales todo el tesoro de su erudición.

Don Laudelino Moreno es el continuador entusiasta de la obra de Don Rafael Altamira, aquel doctor académico que vivió tejiendo los lazos indestructibles que deben unir a España y América.

Los mejores frutos científicos y

literarios del doctor Moreno están consagrados a Centroamérica, esta bella porción del mundo americano, destinada a ser asiento de alta cultura y baluarte de los elevados ideales de una raza.

Quien fuefa catedrático de las Universidades de Madrid y Valencia, ahora ejerce la docencia en la Universidad de Santo Domingo, la primera en el tiempo y la primera en abrir los brazos a los peregrinos del ideal.

Su obra «Génesis de la Independencia Centroamericana», descubre y analiza nuevas causas del movimiento emancipador, de carácter económico, y después lanza su obra fundamental «Historia de las Relaciones Interestaduales de Centroamérica», prologadas por el gran Altamira, para quien Centroamérica representaba «el plantamiento vivo de algunas de las cuestiones más arduas y trascendentales de la organización política y del derecho internacional.

Cuando esa obra, publicada en 1928, llegó a nuestras manos, con mensaje fraternal del autor, escribimos, entre otros comentarios, los siguientes:

«El examen metódico y doctrinario que el doctor Moreno hace en varios capítulos, saturados de nobles enseñanzas y a veces de crueles verdades, sobre la sucesión de pactos centroamericanos, es digno de todo elogio y, en especial, cuando penetra el campo de los tratados llamados de Washington, el único refugio, en la actualidad, del derecho internacional puramente centroamericano.

«Por desgracia, deslucida resulta nuestra obra diplomática, por el afán

de tejer y destejer, al empuje de corrientes contrarias, con olvido, las mas de las veces, de los vitales intereses de estos pueblos, expuestos a que se diga, como lo hace Hurtado y Arias, «que ofrecen el espectáculo de un batallar incesante, durante el cual, en varias ocasiones los hombres cambian de posición y los pueblos de bandera: de suerte que es imposible seguirles en sus evoluciones».

«La obra del doctor Moreno invita a la meditación patriótica. «Habrá en sus páginas colores subidos, que llenan el espíritu de amargura, al contemplar la anarquía moral en que hemos vivido, con desdén manifiesto del papel preponderante que nos ha señalado la historia y la situación geográfica; pero, al propio tiempo, encierra enseñanzas que habrá que divulgar para hacer alto en el camino de la incertidumbre y del error».

Tal es uno de los aspectos más interesantes de la vida intelectual del eminente Doctor Moreno, a quien la «Academia Salvadoreña de la Lengua» y «La Academia Salvadoreña de la Historia», filiales de las de España, unidas en esta grata solemnidad con el *Ateneo de El Salvador*, reciben ahora con gran júbilo, porque se trata de un exponente de alta cultura intelectual que consagró sus mejores esfuerzos al estudio de nuestros problemas.

Si los frutos de su cerebro fueron para Centroamérica, justo es que las tres instituciones, de hondas raíces seculares, le tributen ahora su más entusiasta recepción.

M. Castro Ramírez.

Director de la Academia  
Salvadoreña de la Historia.

Vistazos Filológicos

## LA ENSEÑANZA DE LA GRAMÁTICA

Por Carlos Wyld Ospina

CIERTA vez escribí en un artículo la frase *el alta*... El corrector de pruebas corrigió así: *la alta*. Como se trataba de un hombre inteligente, versado en su oficio, le pregunté la razón de su enmienda. El me explicó:

—Comprendo que usted quiso evitar la aliteración, tan común por desgracia en castellano; y por lo mismo que se dice el alma, el ánfora, el hacha, y no la alma, la ánfora ni la hacha, escribió el alta. Pero esta última forma es desusada.

Le hice ver que aún cuando el uso fuera ley en muchos casos, especialmente idiomáticos, en el presente no tenía razón de ser y la regla contraria se imponía.

—Es posible —replicóme, un poco amoscado— pero, de todas maneras, se trata de una licencia gramatical en obsequio de la fonética. Porque existe en ello una anomalía, ya que el artículo *el* es masculino y las palabras citadas son femeninas. Se incurre, pues, en una discordancia...

Por fortuna mía, acababa yo de leer algunas consideraciones que escribiera al respecto un eminente escritor y filólogo sudamericano; y salí al paso de mi corrector de pruebas con esta andanada que le dejó patidifuso:

—No hay tal, amigo mío, aunque a la generalidad le parezca una verdad incontrovertible lo que usted afirma. Ha de saber usted que los artículos *el* y *la* son la transforma-

ción fonética de los demostrativos latinos *ille, illa*, o sea de sus acusativos *illum, illam*. El antiguo artículo femenino en castellano fue *ela*. Decíase *ela casa, ela duenna, ela agua*; mas por repugnar a la estructura de nuestra lengua la duplicación de vocales, es decir, la consabida aliteración o cacofonía, hubo de suprimirse la vocal primera o la final del artículo, innecesaria como no fuese por simple motivo etimológico—y quedó así, según los casos: *la casa, la dueña, el agua*... De esta suerte, cuando se dice, por ejemplo, el alma, consérvase siempre el artículo femenino apostrofado. La *e* del artículo *ela* desapareció por elisión, lo mismo que pasó con otros vocablos. No existe, pues, una anomalía ni una licencia, como suele creerse, sino toda una regla gramatical.

Relato este incidente para destacar un hecho comentado con frecuencia, pero que en la práctica se mantiene en discreto y voluntario olvido. Es la enorme dificultad que encuentra el profesor, carente de cierta cultura filológica, para enseñar bien la gramática castellana y resolver parecidas cuestiones, cuando las topa al azar o se las proponen sus alumnos.

Ante todo, conviene repetir que la gramática castellana es una de las más complicadas entre las correspondientes a los idiomas cultos de Europa. Me parece que no tiene más parangón que la gramática inglesa, y

tal vez en grado menor, la francesa. En ellas escasea lo regular y abunda lo arbitrario. Son materia dúctil, en constante modificación por la ciencia y el uso. Presenta a menudo conflictos irresolubles mediante principios fijos, y ofrecen así materia inagotable de debate, nunca fallado, por más luces y buena voluntad que se quiera poner en ello. Pero, en gran parte, es la ignorancia de los autores y maestros la que suscita equívocos injustificados y establece conclusiones tan falsas como la del corrector de pruebas de mi anécdota...

El desarrollo de las lenguas romances no se efectuó —como todos sabemos— bajo un plan científico; y las transformaciones que en este sentido se han intentado introducir, tropiezan con la estructura originaria de la lengua y con las leyes del uso, ligadas con el proceso de formación de cada idioma románico. A tal proceso puede llamársele vital, por contraposición al término científico, porque devinieron de la corrupción del latín, según el pueblo lo hablaba hasta convertirlo en una especie de *argot* o de dialecto. Mucho tiempo hacía que el castellano era ya una lengua viviente, cuando el fraile Lebrija, o Lebrixa, como se escribía en su época, realizó su tentativa de gramatizarlo.

Pero hay más todavía. ¿Por qué métodos se enseña entre nosotros la gramática castellana? Fácil resulta advertir que, debido a esa tendencia a imitar lo extraño sin analizar sus legítimas posibilidades de aplicación a lo propio —simplemente porque lo extraño nos parece superior y más autorizado— enseñamos la gramática castellana según los métodos usuales para el aprendizaje de las lenguas extranjeras. Esto, aunque parezca lo

contrario, no es una novedad hispanoamericana, entre otras del mismo linaje, sino un vicio que arranca de los remotos siglos de la latinidad. Los enterados saben de la tradición histórica que sustenta el hecho. Cuentan los historiógrafos que Dionisio el Tracio fué el autor de la primera gramática conocida. Era un profesor griego venido a Roma para enseñar a los latinos el idioma de Homero. De manera que esa gramática prístina se escribió para enseñar a la gente del Lacio una lengua extraña. Y esa gramática del tal Dionisio sirvió de modelo a quienes, más tarde, compusieron gramáticas latinas para uso de los que hablaban el idioma de Cicerón. El consabido Lebrija compuso, a su hora, una gramática latina, probablemente sobre los mismos moldes, de donde pasó a escribir su gramática castellana, en 1492. Los tratadistas posteriores a Lebrija —en rigor, Antonio de Nebrija, pues lo de Lebrija le debe de venir del nombre de este pueblo sevillano, de donde él era oriundo —¡ni en esto hay acuerdo!— siguieron las huellas del gramático español, y aun ahora se adolece de falta de independencia en el criterio y el plan compositivo de los autores, no obstante la grito que en su contra levantan los filólogos rebeldes a la rutina y la tradición. Y ahora sí aparece de lleno una anomalía injustificable: que sea una lejanísima gramática de una lengua muerta extranjera el patrón original de nuestros novísimos gramáticos... Con acierto dice un lingüista suramericano que uno y otros tratados se parecen, entre ellos, como un huevo de gansa a uno de gallina...

Por si fuera poco, algunos profesores hispanoamericanos enseñan la

gramática castellana inspirándose en los métodos propios de la gramática inglesa o la gala, con lo cual se agudiza la nota exótica y se hacen más intrincados los galimatías a que, de suyo, nos inclina la naturaleza arbitraria de las aludidas lenguas romances.

Hay que señalar, además, las diferencias, a veces substanciales, que ya existen en el castellano hablado en España —tan disímil como disímiles son racialmente las provincias peninsulares— y el que es de empleo común y corriente en Hispanoamérica. Nuestro lenguaje criollo ha seguido un proceso de transformación semejante al de las lenguas románicas con respecto al latín; y de aquí las numerosas adulteraciones que han tomado carta legítima en

nuestra habla regional, y también los neologismos, de giro y vocablo, que matizan con más o menos propiedad el lenguaje criollo.

Se ha temido que el castellano de América llegue a consumir un cismo idiomático, lo cual, en principio, no sería tanto de temerse como de encauzarse, a fin de que si la reforma es inevitable —que parece serlo, por imperio de leyes biológicas e históricas de que depende, en gran parte, la lingüística— se realice en forma de evitar aquellos vicios tradicionales, sujetando la nueva lengua romance del castellano puro, al plan científico, o al menos racional, de que careció la vieja habla del Cid y el Arcipreste.

Xelajú, julio, 1942.

===

Apuntes Venezolanos

## El Concepto de la Historia de la Filosofía

*Concepción Idealista de la Filosofía :: La Dialéctica Hegeliana ::  
Concepción Positivista :: La Ley de los Tres Estados :: La Idea  
del Progreso :: El Relativismo Actual :: La Cultura Como Orga-  
nismo :: La Filosofía Como Expresión Infeccional de la Cultura*

Por Eugenio González R.

**P**ERO la razón analítica que ha elaborado los sistemas filosóficos de más perfecto estilo y las hipótesis más audaces de la ciencia positiva, ha fracasado en la órbita de los intereses vitales. También ha pretendido reducir el devenir vital a un juego de factores mecánicos, explicar lo psicológico y lo histórico con esquemas calcados en el modelo de la ciencia natural, llevar el afán cuantitativo al dominio del alma. No ha conseguido otra cosa que poner

de relieve su radical insuficiencia: donde ella penetra, el cálculo reemplaza al instinto, lo viviente se reseca en fórmulas abstractas y el ritmo creador se convierte en rígida teoría. La cultura se mide en función de una mayor o menor aproximación a los cánones absolutos de la razón. El progreso se concibe esencialmente como un proceso de racionalización de la vida.

Empieza, sin embargo, a vislumbrar en los centros filosóficos que lo

efectivamente importante para el hombre es la comprensión de su propia existencia, la recuperación de un fecundo contacto con la realidad. La verdad no puede ser función de la razón pura sino expresión de la vida auténtica. Hay que retornar, entonces, como lo reclamaba el profeta de Zaratustra, a la tierra, a lo cósmico. Para ello, no sirve la inteligencia crítica que sólo puede dar imágenes estáticas de lo que es esencia, dinamismo creador, que recorra arbitrariamente la fluencia vital del sér para inmovilizarla en conceptos. Aunque no desprendido por entero de las clásicas formas del espíritu francés, el intuicionismo de Bergson refleja la nueva posición filosófica. De él arrancan varias direcciones importantes de la metafísica, la que ha recobrado, a su empuje, plenitud de vigencia, superando la crítica de los epígonos del positivismo. Marca el punto de arranque de una vigorosa reacción antiintelectualista, que se desarrolla sobre todo en Alemania, entre los pensadores que abordan los problemas de la filosofía de la vida y de la cultura.

La razón comienza a descender del sitial de diosa, en que, con un acto pleno de simbolismo histórico, la colocara la burguesía de «los derechos del hombre», para convertirse en un mero instrumento de las fuerzas primarias que determinan su íntima estructura. Renace —en círculos todavía pequeños, es cierto; pero significativos por su grado de conciencia— el respeto hacia lo que la vida tiene de inaprehensible y misteriosa, de sorpresiva fertilidad, de enigmático designio. La razón ha agotado sus virtualidades sin calmar la insatisfacción del espíritu. Pasado el deslumbramiento provocado por

las creaciones de la técnica científica, brotan de nuevo los problemas que necesariamente plantea la dramática confrontación de la conciencia con el mundo. Hay otra vez un apremio imperioso de penetrar en la raíz de las cosas, de transponer las limitaciones que ponen las categorías lógicas al conocimiento. La filosofía que pareció un momento pronta a disolverse con la ciencia, recupera su antiguo señorío y, en su urgencia de profundidad, llega a adquirir un cariz poético y religioso que recuerda a los grandes presocráticos para quienes todavía fué el Universo un misterio divino.

Pero no obstante su radical intención, la nueva filosofía continúa siendo auténtica filosofía, es decir, tentativa de explicación integral, esfuerzo de la inteligencia por encontrar una lógica en el sér y en el devenir. A nadie escapará esta extraña y patética contradicción de la inteligencia que, convencida de su impotencia frente a los enigmas decisivos, enmarcada en infranqueables fronteras, pretende sin embargo, con desesperado arrebato, encontrar más allá de su propia negación, la fugitiva verdad de la vida. El nihilismo absoluto no la arredra. No se resigna a abandonar el campo. Es capaz de darse cuenta en una íntima mirada —lo que es a la vez síntoma y factor de disgregación interna— de la necesidad de su autoanulación y del destino de la cultura que en ella encuentra su expresión.

Nuestra época es eminentemente relativista. Muy lejos estamos ya del fácil y un poco candoroso optimismo del siglo pasado, de la confianza en un desenvolvimiento incesante de la civilización técnica, de la fe mate-

rialista en el progreso. Las dogmáticas afirmaciones del positivismo y del racionalismo parecen un tanto ingenuas y hasta superficiales, apenas válidas, desde un punto de vista vital, para los tardíos herederos del «siglo de las luces». El satisfecha Homais que podría representar la mentalidad media de la burguesía «ilustrada» del ochocientos, ha sido reemplazada por un inquieto Hamlet que hurga patéticamente en el misterio de su alma.

La tensión entre la conciencia y el mundo, entre el espíritu y la naturaleza, de lo cual brota la cultura con su efímera profusión de formas orgánicas y políticas, religiosas, económicas, intelectuales, artísticas ha llegado a un punto en que la ruptura parece inevitable. Ello significa nada menos, en el orden del conocimiento, que una vuelta a las fuentes irracionales de la vida y, en el orden social, un quebrantamiento de los valores que hasta hoy han regido la

existencia del hombre occidental.

Coincide con tal estado de la conciencia contemporánea, anarquizada y anhelante, el interés fundamental de los pensadores por el tema de la cultura. ¿Qué es la cultura? ¿Qué representa en relación con la vida, con la historia? ¿Cuál es el sentido del devenir? ¿Qué proyecciones tendrá la crisis actual? ¿Qué perspectiva se abre, más allá del tormentoso presente, a la esperanza humana? ¿Es posible vitalizar la cultura? ¿Es la cultura un proceso que se cumple siguiendo un ritmo orgánico inevitable frente al cual nada puede la voluntad porque es ella misma un simple elemento del destino? ¿No habrá quizá un designio superior que se va realizando, de acuerdo con un plan inmanente, a lo largo de los ciclos históricos? Estos problemas de amplísima proyección vital son los que más preocupan en la actualidad a los hombres de pensamiento vigilante.

==

# CUATRO POETAS CLAS

*EN el trayecto de la poesía en El Salvador, los valores poéticos del siglo pasado, estaban situados en acoplamiento con la política, con la milicia, o con las cosas del Estado.*

*Enrique Hoyos, Isaac Ruiz Araujo, Luciano Hernández y Antonio Najarro, son los cuatro nombres poéticos que damos en esta página antológica de ATENE O. Queremos recordar que sus proclaros nombres están presentes en la vida histórica de El Salvador*

*Hoyos fué eminente en todo. Abogado de grandes recursos, político franco y decidido. Bafallador patriota y, en todo ello, como cualidad principal, su honestidad, su dignidad, su probidad, su hombría. Nace en 1810 y muere en 1859.*

## CANTO POPULAR

A ELLA

*De Enrique Hoyos.*

Mira cuan bella la luna  
Se encamina hacia el zenit,  
Ostentando su hermosura  
En su carro de marfil:

Mira la luciente estrella.  
Que vagando en el zafir,  
Sigue sus pasos y alumbra  
Cual encendido rubí;

Pues esa luna eres tú,  
Esa estrellita soy yo,  
Que también sigo tus pasos  
como el persa sigue al sol.

Mira la modesta flor  
Que se mece en el pensil,  
Recogiendo el suave olor  
De la rosa y del jazmín;

Y mira volar inquieta  
Una abeja por ahí,  
Ansiosa buscando el cáliz  
Que apen sase ve entreabrir:

Pues esa flor eres tú,  
Esa abejita soy yo,

*Ruiz Araujo, fogoso, audaz y tremendamente impulsivo. Fué abogado de profundos conceptos humanistas. Pródigo en sus talentos. Paseó por Centroamérica el prestigio de su numen. Se ve en el hombre la valentía sin reservas. En el científico, la conciencia de su profesión. En el político la audacia y el dominio. Y en el poeta, la exuberancia emotiva. Aunque anteriormente se conocían los tormentos expresados en rimas, así como las exaltaciones emotivas, en Ruiz Araujo se plenifica aquella exacerbación, aquella explosión sentimental, por lo que se cree que la lírica se afirma en él de modo especial. Sus versos están hechos con pasión y en ellos se nutre el fuego de una mente caldeada por preocupaciones diversas.*

*Nació en 1850 y murió, trágicamente, víctima de alevosía, en 1881, cuando él se encontraba aislado de las cuestiones políticas.*

## ADIOS A MI INFANCIA

*De Isaac Ruiz Araujo.*

¡Oh! que es triste, muy triste, en la mañana  
De nuestras encantadas ilusiones  
Palpar la realidad, miseria humana  
Amasada de impúdicas pasiones;  
Sentir como se apaga soberana  
En medio de las danzas y canciones  
Esa llama inmortal de la existencia,  
La castidad del alma, la inocencia!

JOSE RAMÓN YEPES.

I

Tú, la que guardas de mi fe el tesoro,  
Mi amor primero y mi primer suspiro,  
Cándida infancia;  
Ya colocado ante las puertas de oro  
De naciente juventud, te miro  
Con amante constancia.

Así, tal vez, Adán, lleno de angustia,  
En los umbrales del Edén perdido,  
Que el arcángel guardaba,  
Volvía sin cesar su faz ya mustia,  
Lanzando de pesar triste gemido  
Que el eco remedaba.

Yo al penetrar con paso vacilante  
En la florida senda de la vida  
Que llaman juventud,  
Vuelvo también el pálido semblante

# COS DE EL SALVADOR

Por Juan Felipe Toruño

*Luciano Hernández tuvo como preponderancia en sus facultades mentales, la oratoria. Nació en 1836 y murió a principios del siglo presente.*

*De prestancia inconfundible, en los estrados europeos situó su característica mental. En los torneos del pensamiento en donde la palabra hablada era condición prima, Luciano Hernández mantenía predomios con el fuego de su fable. Y tanto, que fué denominado el Castelar centroamericano. Fué, además, profesor de Derecho de varias universidades, habiendo actuado, igualmente, en el periodismo de política, de principios ideológicos y doctrinarios.*

*Fué, así, uno de los hombres que centralizaron supremacías intelectuales.*

*Antonio Najarro. Nacido en 1853, fué uno de esos hombres de lucha. Doctor en medicina y cirugía, su obra de humanitario corria parejas con sus esfuerzos líricos. Su corazón mandaba en él y así pudo siempre salir adelante en los combates por la existencia, aunque demasiado se sabe que cuando el corazón está de por medio, sólo se obtiene aquello que por el corazón se consigue, así como se comprende que en la realidad de la existencia, mal director es algunas veces el corazón. Fué periodista, de doctrinas éticas. Fué un hombre que reconoció siempre lo que valen las fuerzas del sentimiento y en ellas se mantuvo, no importa que recibiera desengaños. Correspondió en todo momento a, llamado de ellas y tuvo por quienes lo sabían apreciar, el más cumplido de los afectos.*

*Sus versos temblorosos de emoción, tristes y dolientes, hablan de aquella alma agujoneada por amarguras, por lo que en él la tónica de la melancolía es preponderante y en ella viaja su alma en éteres de amarguras.*

## UN PADRE A SU HIJA

De Luciano Hernández.

Virginia, permita el cielo  
Que se deslice tu vida  
Por una senda florida  
Como lo quiere mi anhelo.

Permita que sin enojos  
Sin dolor, sin aflicción  
Nunca derramen tus ojos  
Lágrimas del corazón.

Que te ofrezca siempre el mundo  
Nacaradas ilusiones  
En sueños de amor profundo,  
Sin acíbar, sin pasiones.

Y nunca pase la aurora  
Que alumbró tu juventud;  
Pero busca como ahora  
Del saber la plenitud;

Conserva la inocencia  
La virtud, la castidad,  
Tesoros de la existencia,  
Fuentes de felicidad.

Tal es de un padre la ofrenda  
Para su hija en su natal,  
Rogando a Dios la defienda  
Con su manto celestial.

1857

## LA TORTOLA

De Antonio Najarro.

I

La tortolita que arrullando vive  
Iba a ser madre, y con afán prolijo  
En una selva de verdura llena  
«De secas pajas fabricó su nido»

Y al resplandor de la plateada luna  
En una noche hermosa del Estío,  
Acariciaba el ave gemidora  
Los tiernos frutos de su amor purísimo,

Con ese amor sublime de las madres,  
Emanación sagrada del Altísimo,  
Alma que anima el universo todo  
con la energía de un poder divino.

II

Al despertar la rubicunda aurora  
Cruzó los aires con gallardo brío,  
Y al acordarse de su hogar amado  
Sonrióse ufana y exhaló un gemido.

III

Volvió muy pronto el ave alborozada  
A su tranquilo y apacible nido

## CANTO . . . .

*Viene de la Página 28*

Que *camino*, en pos del día  
De ver pagado *mi* amor.

Mira la pintada alondra  
Que festiva en el abril  
Atraviesa el ancho espacio  
Cantando su sér feliz;

Y mira aquel trovador  
Que la contempla, ¡infeliz!  
Y fija en ella sus ojos  
Sin osar su labio abrir;

Pues esa alondra eres tú,  
Ese trovador soy yo,  
Que al preludiar *mi* laud  
Lanza al aire triste són.

Mira el bajel majestuoso  
Que se pierde en el confin,  
Dejando en pos ancho surco  
De blanca espuma y turquí;

Y mira cómo a lo lejos  
Aquel dorado delfín,  
Luchando entre amargas ondas  
Procura al bajel seguir;

Pues esa nave eres tú  
Y ese delfín soy yo,  
Que en vano *sigo* los pasos  
De quien nunca *me* esperó.

Mira, por fin, oh Delfín  
Por tu amor cuánto sufrí,  
Mira cuánto eres ingrata  
Y cuánto soy infeliz.

Tú eres la luna que alumbra  
Mi desgraciado existir;  
Tú eres la flor que embalsama  
Lo amargo de mi vivir.

El ancla de mi esperanza  
Eres tú; y si mi amor  
Pagas fina, tú serás  
Mi puerto de salvación.

1837.

## ADIOS A MI . . . .

*Viene de la Página 28*

Hacia esa tierra para mí perdida,  
De cándida virtud.

Ayer...! ayer es la época nefasta,  
Que dividió mi vida en dos mitades;  
Brillante la una,  
Llena de sueños y de fe entusiasta,  
Poblada de las célicas beldades  
Que arrullaron mi cuna;

La otra mitad, de sombras circundada  
Como noche funesta, en que no brilla  
Débil rayo de luz;

Allá mi infancia de placer bañada!  
Aquí mi juventud en la otra orilla  
Con su pesada cruz!

Allá la dulce paz de la inocencia,  
El bullicioso enjambre de ilusiones,  
Que disiparse ví;  
Allá del niño la infantil creencia,  
El choque destructor de las pasiones  
Y el desengaño aquí;

Allá la virgen del amor sublime,  
Del corazón la flor más perfumada,  
Mi arcángel de ilusión;  
Aquí la duda que la mente oprime,  
La sensación amarga de la nada  
Allá en mi corazón.

Blanca edad de la infancia! en tus umbrales  
Me detengo esta vez a contemplarte,  
Doliente y abatido;  
Y brota el llanto en límpidos raudales,  
Al verme precisado a abandonarte,  
Mi paraíso perdido!...

Nunca había llorado hasta ese día,  
Sino como las flores y la aurora  
Que lloran su rocío;  
Nunca había sentido esta agonía,  
Esta angustia mortal que siento ahora,  
Ni este fatal vacío.

No volveré a ser niño; aquellas horas  
Tan ricas de esperanza y de poesía,  
Ya nunca tornarán!

*Pasa a la Página 31*

## ADIOS A MI . . .

*Viene de la Página 30*

La turba de esperanzas brilladoras  
Que inundaron de luz el alma mía  
Apagándose van.

Y aquella flor de inmaculado armiño  
Que germina al calor de la ilusión  
En mi infantil edén;  
Aquel amor espiritual de niño,  
Primer palpitación del corazón  
Se extinguirá también...

## I I

Fresco oasis de la infancia  
En el desierto escondido,  
Ya va el viajero perdido  
Sin rumbo en la inmensidad!  
Dejo tus fuentes y flores  
Por la abrasada llanura;  
Y tu perenne verdura  
Por la yerma soledad.

Corto nido perfumado  
Con los besos del Abril,  
Que meció el aura sutil  
Y respetó el aquilón;  
Ya va la audaz avecilla  
Sus alas a desplegar,  
Ya quiere libre volar  
Por la azulada extensión.

En otros bosques extraños  
Ensayará dulces trinos  
Y los cantos peregrinos

Aprenderá el turpial.  
¡Ay si le faltan las alas  
Y en el suelo cae rendida!  
¡Ay si le alcanza homicida  
una flecha por su mal!...

Isla arrojada en el mar  
De las pasiones humanas,  
Donde se ostentan lozanas  
Las flores de la niñez;  
Donde es la luz más brillante  
Y hasta la brisa es más pura,  
Donde se ostenta Natura  
En toda su esplendidez;

Voy a dejar tus riberas  
En el bajel de mi fe,  
Doquiera que asiente el pié  
Me espera acaso el pesar;  
Mas no importa que impasible  
Contemplaré la tormenta,  
Azotando turbulenta  
Mi frágil nave al pasar;

Porque a mi lado, invisible,  
En la borrasca sombría  
Será Dios mi única guía,  
Y mi norte la virtud.  
Y aunque divise el escollo  
Del vicio allá en lontananza  
El timón de la esperanza:  
Salvará mi juventud.

1838.

## LA TORTOLA . . .

*Viene de la Página 29*

Trayendo frutos de lejanos bosques  
«Y con arrullos despertó a sus hijos».

## IV

Un cazador aleye y despiadado  
Miró la dicha en el risueño asilo,  
Oyó a la madre amante que aleteaba  
Y de la implume cría oyó los píos.

*Pasa a la Página 32*

A T E N E O  
LA TORTOLA . . . .

*Viene de la Página 31*

Indiferente a la ventura ajena  
Y devorado por afán impío,  
El arma apunta con certera mano  
Y el tiro suena estremeciendo el nido.

¡Ay! la infeliz al contemplarse herida,  
Sintió temblando de la muerte el frío  
Y, para darles el postrer abrazo,  
«Abrió las alas y cubrió a sus hijos».

¡Cuánta amargura sentiría entonces  
Al contemplar a seres tan queridos!  
Al contemplarse en agonía horrible,  
El pecho y alas en su sangre tintos!

V

La noche vino y la pasó gimiendo  
«Su compañero en el laurel vecino»  
Su amor perdido sin cesar llorando  
Y maldiciendo su terrible sino.

VI

Tiñóse el cielo del color del alba  
E iluminó con sus fulgores nítidos  
La madre muerta, el nido destrozado  
Y también... y también los tortolitos.

VIII

Yo soy el ave triste y gemebunda  
Que en este mundo sollozando *vivo*;  
Si alguna vez en *mi* horizonte asoma  
De la esperanza el perfumado lirio;

Si alguna vez columbra en lontananza  
Rosada nube que con ansia miro,  
¡Ay! la disipa el cazador infame  
Que es mi implacable, mi fatál destino...!

EL CUENTO SALVADOREÑO

## BARRO DE CUZCATLAN

A Coralia Céspedes,  
la admirada y lejana

SILENCIO y pesadumbre reinaba en el suntuoso hogar de los Ordóñez. La enferma no mejoraba, y los médicos se mostraban impotentes para detener el desenlace fatal. Dña. Sara v. de Ordóñez moría. Sus hijos condolidos, rodeaban solícitos su lecho de enferma. Varias consultas de médicos, en vano. Como que le había llegado su postrer minuto. Sin embargo, un joven galeno propuso que se le inyectara a la estimable paciente un preparado recién salido de un laboratorio de París, que estaba siendo muy encomiado por la ciencia médica. Se aceptó la opinión del joven escultor; pero en la ciudad oriental en donde vivían los Ordóñez, fué imposible encontrar el medicamento en ninguna de las farmacias. Se habló por teléfono a otras ciudades orientales con el mismo fin, y el resultado fué también negativo. Se llegó a la conclusión de que sólo en la capital podría encontrarse la medicina apetecida.

Sin pérdida de tiempo, uno de los hijos de la estimable enferma alistóse para partir en su automóvil hacia la capital. Tenía que hacer un viaje de diez horas, sin percance alguno, cinco de ida y cinco de vuelta. Era en invierno, estación en que se ponen casi intransitables los caminos salvadoreños.

Ya para tomar Enrique entre sus manos el volante del automóvil para el viaje precipitado, Sabel, hija también de la enferma, dijo dirigiéndose a Salvador:

—Por qué no vas tú con mi hermano? Debes acompañarlo.

—Ordénemelo.

—Anda.

Y como ella sabía que Salvador era fiel, llamándole aparte le rogó:

—Anda con Enrique. Procura que no les pase nada malo. Mi hermano es algo alocado para guiar, y ahora con la pena de mamá enferma, puede acaecerle cualquier accídentec on el carro. Cuidalo tú. Recuerda que después de Dios, de esa medicina que van a traer depende la vida de mi madre. Haz lo que puedas por mí, que te lo agradeceré siempre.

—Está bien, niña Sabel.

\* \* \*

Salvador era criollo de una de las fincas de los Ordóñez. Y llevaba ya seis años de servirles en la ciudad, cuidando la caballeriza y ordeñando las vacas. Descendía directamente de pipiles, nuestra raza claudicada y muerta. Era silencioso, atento con todos, y fiel con sus amos; capaz, por ellos, de cualquier valentía. Pero la persona de su adoración entre los Ordóñez, era Sabel, casi de su mis-

ma edad, veinte años. Sabel era como una virgen para él: algo cercano y lejano al mismo tiempo; algo que sólo producía pensamientos puros. Y su respeto hacia ella era hondo: jamás osó ni verle a los ojos; cuando ella hablaba, la mirada del indio permanecía en tierra. Y no sabía con seguridad de qué color eran los ojos de su ama; sin embargo, en un casual destello de mirada había captado que los ojos de Sabel eran del color de la «inmensidad».

Guardaba Salvador tantísimos y gratos recuerdos de Sabel que formaban como el todo de su vida; recuerdos que llenaban por entero su trasfondo del alma, su cósmico reino interior. Cuando un año antes, él cayera con intensos dolores en el cuerpo, y pronto se le declarara una varicela aguda, ella personalmente, como una santísima hermana de la caridad, lo asistió.

Bien la recordaba con su delantal blanco, sus pasitos menudos, poniéndole el termómetro, llevándole sopas y verdúras y alegrías.

—No es nada grave, Salvador. Ya pasará y luego te sentirás bien del todo. Verdad que hoy muy poco te duele el cuerpo?

—Me siento bueno ya, niña Sabel.

Y sin embargo, y se arrepentía de ello con toda el almá, una vez quiso mentir y decirle a su amita:

—Me siento mal, muy mal. Más que ayer.

Toda por saberla allí cerca. Porque, qué le importaba a él la enfermedad con tal de sentirla a su lado, de oír su vocesita de cristal. Habría deseado hasta la muerte, si la enfermedad se prolongara... «Nunca se lo pago —decía para sí el indio—. La niña Sabel bien pudo mandar a una criada para que me asistiera y no

venir ella aquí, hasta este cuarto perdido en el traspatio en desorden».

Una noche en sus divagaciones calenturientas, se puso el indio a pensar que si él fuera rico, y si tuviera los modales de ella, entonces tal vez sí... Pero no —se prohibió voluntariamente— yo no debo pensar en esas cosas. «Es mi ama, mi patrona. Yo soy su criado, su colono». «Y ella es como la virgen, sólo para verla y adorarla». No se podía tocar con las manos ni con el pensamiento.

Sabel se daba cuenta de la adoración silenciosa y purísima del indio. Y por ello le hablaba con cariño. Bajaba desde su altura hasta la tierra que él pisaba. Sabía como mujer inteligente que era, que si le pedía la vida a Salvador, sin vacilación ninguna le sería ofrecida. Pero que todo hacía Salvador con su alma misteriosa abierta al desinterés, sin que la empañara la más leve sombra de pecado. Y en la casa de los Ordóñez se oía muy seguido la voz de Sabel ordenando y preguntando:

—Ya le dieron de comer a Salvador? Aplánchenle la ropa a Salvador. Guárdenle la cena que Salvador no ha venido. Mamaíta, cómprale unas camisas a Salvador.

Le había costado un poco de trabajo a Sabel enseñarle a hablar algo correctamente. Cuando le llamó por primera vez para las preliminares y pintorescas lecciones le dijo:

—Atiéndeme bien. Yo quiero que no vuelvas a decir esas tus palabras tan arrevesadas. Te prohibo desde ahora que digas «mesmo», debes decir «mismo»; ni «asigún», sino «según»; tampoco digas «tucó», y sí «pedazo»; ni «vide», se dice «ví»

«miré»; ni «ansina», ni «Mariya», sino «así», «María».

Y así por el estilo le fué enseñando a pronunciar bien aquel promontorio de modismos cuscatlecos, que eran parte de la naturaleza del indio. Este en lucha completa entre sus ancestros selváticos y sus hondísimas costumbres, se fué limando y aprendió a expresarse un tanto bien.

Sabel tocaba al piano, y algunas noches para alegrar al indio ejecutaba las canciones folklóricas, desnudas, dolorosas, que se canturreaban en la finca donde él naciera.

La servidumbre de la familia Ordóñez decía:

—Niña Sabel, usted sólo a Salvador prefiere. Con nosotras es ingrata.

—No, si a todos los aprecio. Pero no ven que el pobre Salvador no tiene ni papá ni mamá.

—Mamaita, todos los criados dicen que yo sólo a Salvador prefiero.

—No les pongas cuidado, hija. Como no vamos a preferir a Salvador si es tan bueno.

Por eso, cuando ella le ordenó que acompañara a Enrique, se alegró. Podía ser útil en algo.

\* \* \*

Habían partido a las siete de la noche hacia la capital. Si no surgía ningún atraso, debían estar de vuelta entre las seis y siete de la mañana, descontando el tiempo preciso que emplearían en comprar las medicinas, preverse de combustible. Dichosamente lograron barcaje de noche en el Lempa, pues el río se encontraba apacible, por falta de lluvias en varios días.

Llegaron sin contratiempos a San Salvador. Sin dilación alguna compraron las inyecciones, le echaron gasolina al carró, tomaron algo en un Café, y emprendieron la marcha de regreso. Poco después de emprendida la caminata, comenzó a caer un aguacero copioso. A la par de la ciudad de San Vicente les entretuvo una llanta desinflada. Cuando arribaron al río Lempa eran como las cinco de la mañana. El soberbio río salvadoreño hallábase ya crecido. Transcurrió media hora. Al amanecer por completo, se vió la magnitud de las aguas que corrían bufando. Enrique preguntó a los lancheros la hora en que se podría pasar. Contestáronle que si se calmaba pronto el agua se necesitarían de cuatro a cinco horas de espera. Era aquella una situación desesperante para Enrique y para el indio, que portaban como la última esperanza de vida de Dña. Sara. Fué entonces cuando Salvador se puso a pensar en las últimas palabras de Sabel y una inquietud inmensa le penetró en el pecho y en el pensamiento.

—Cómo hacemos, don Enrique, cómo hacemos, su mamá se muere.

—Es una gran fatalidad. No nos queda más remedio que esperar. Intentar atravesar el río así es un suicidio.

—Yo sé nadar bien, don Enrique. Si usted quiere, me tiro.

—No, muchacho. Así no se puede nadar, y no permito que te expongas.

En medio de una indescriptible inquietud pasó una hora completa. El río continuaba bajando crecido en un sordo rumor y entre espumas blancuzcas, arrastrando ramazones y árboles secos. Era imponente aquella visión del caudaloso. La luz de

un sol anémico se insinuó, y el manto entristecedor de la neblina fué barrido por un vientecito helado y penetrante.

—Don Enrique, yo no aguanto más, yo me tiro al agua, pase lo que pase.

—No debes exponerte. Además, si por casualidad pasaras, desde aquí hasta la casa está muy retirado. Tú lo sabes. Se necesitan tres horas a pie, caminando apresuradamente, y de aquí a tres horas es casi posible que ya se pueda pasar fácilmente.

—Sí yo paso el río, me iré a la carrera y creo que en hora y media me pongo hasta la ciudad. Con tanto atraso, estas medicinas de nada le van a servir a su mamá, y es mejor en este caso, que yo me vaya para siempre primero que ella. Estoy decidido. Deme la mitad de las inyecciones, por si me hundo, que le queden las otras a usted para cuando pueda pasar.

Casi a la fuerza le quitó las inyecciones, y cuidadosamente se las guardó en los bolsillos. Y heroico, recto, decisivo, se dirigió hacia la ribera, diciendo:

—Ni los pantalones me puedo quitar porque es donde llevo medicinas. Que el Señor me acompañe! Adiós don Enrique, y si ya no volvemos a vernos, por favor démele saludes a la niña Sabel.

Los lancharos todavía quisieron detenerlo diciéndole:

—No te tirés, hombré. La corriente es fuerte y te jundirés como un palo.

—Allá en la otra orilla, —dijo Enrique— otros carros esperan. Si puedes, Salvador, toma uno de ellos y que te conduzcan a casa cueste lo que cueste, si no alquila una bestia

y corre, esto si sales con vida de la prueba.

Y se tiró al agua. Fué una espectacular batalla: Salvador en medio de la turbulencia del oleaje danzaba como una hoja, sumergiéndose, reapareciendo otra vez. Era un anhelo palpitante el que luchaba contra la Naturaleza ciega, desbordada; era el heroísmo impar del barro cuzcatleco que se levanta de la madre tierra en forma de hombres para los sacrificios y las fidelidades; era la raza de Atlacatl que detiene a los Alvarado, y que por amor y fé, se deja arrastrar hacia la muerte en las celadas; eran los descendientes de Atlahunka y de Cypactly que por una ilusión imposible, por una irrealidad afirmativa, por una sombra adorable, por un querer terrestre y doloroso, son capaces de teñir los cielos con la sangre roja del corazón; era la fortaleza maya-quiché que nunca tembló ante el dolor, y que desde las secretas fibras ancestrales, supieron ofrendar siempre la vida, porque jamás tuvieron otra cosa que ofrecer...; era un retoño todavía pipil, aureolado por tragedias, inexorable ante la muerte, y así de silencioso.....

Fueron como treinta minutos de tremenda espectación, de estremecido drama. El indio luchaba jadeante, enloquecido, sublimizado; nadaba sobre el agua, debajo de ella, era arrojado para todos lados por la corriente, y parecía vencido, reaccionaba enseguida, y en ímpetu nuevo lograba adelantar un trecho. Pudo después de infinitos esfuerzos, avanzar más de la mitad de la anchura del río, pero encontrábase ya como a cien metros hacia abajo del punto desde donde se arrojara al agua. De repente se escuchó un ruido horro-

roso: una repunta formidable bajaba, arrastrando árboles, entre tumbos y remolinos de agua. Todos los espectadores que miraban silenciosos el hondo drama, creyeron que al indio le había llegado su último instante. Porque Salvador era apenas una manchita negra en la furia de las aguas. Luchó y con sobrehumano impulso, pudo acercarse bastante a la orilla opuesta, desde donde le arrojaron lazos; cayó uno cerca de sus manos y lo apresó con desesperación de náufrago. Poco después la repunta lo alcanzaba, sin ocasionarle mucho daño. Fué halado por dos hombres. Tocó tierra, en donde cayó desvanecido. Le dieron un poco de café caliente y se reanimó. Sin embargo, permaneció agitado, sin claro conocimiento, como un cuarto de hora. Se levantó, buscó un carro de alquiler que lo condujera a la ciudad y no encontró, ni cabalgadura. Dió las gracias y a la carrera continuó su camino:

\* \* \*

Corrió desenfrenadamente como un alucinado, cayendo, levantándose, con las ropas raídas y enlodadas. En sus oídos resonaban como música celeste, las palabras de Sabel «hazlo todo por mí». Esas palabras acrecentaban en él un ímpetu extrahumano, un empuje epopéyico, hasta donde resistiría así? Hasta que su vida alentase todavía; pero su vida tendría alientos hasta llegar donde Sabel, aunque Sabel estuviese en otra parte de la tierra. Sudó, se aniquiló, se ofrendó todo en una carrera maratónica, en cuya meta no escucharía un solo aplauso; pero sí una mirada de ternura de aquellos ojos color de «inmensidad»...

Penetró jadeante y desconocido al hogar de los Ordóñez. Cuando le vieron llegar así le preguntaron:

—Qué es lo que ha sucedido? Y Enrique? Contesta pronto.

—No ha sucedido nada. Don Enrique se quedó esperando que bajara el Lempa. Yo me he venido porque traigo algunas medicinas.

—Cómo vienes, Salvador —dijo Sabel— si das lástima. Dame las inyecciones. Sabes?, mamá está un poquito mejorcita, los médicos ya tienen más esperanzas, y ahora con estas inyecciones se pondrá buena del todo, con la ayuda de Dios.

\* \* \*

Salvador agotado, deshecho de los músculos, dolido de los huesos, se tiró a descansar sobre su cama. No supo cuánto tiempo estuvo descansando. Acaso cinco horas. En la tarde escuchó la voz de Sabel que preguntaba:

—Estás despierto, Salvador?

Entró ella y dijo:

—Descansa más. No te levantes. Ya vino Enrique, te le adelantaste como cuatro horas. Nos ha contado todo, todo lo que has hecho. Hasta las saludes que me enviaste antes de comenzar tu expuesta travesía. Lo que has hecho no se puede pagar aquí en la tierra. Pero te ofrezco para siempre mi gratitud que siempre irá conmigo. Tu acción por la salud de mamá es valiente y desinteresada. Ella también habrá de quererte como yo te quiero.

Por que tú serás para mí de ahora en adelante, como un hermano triste e infortunado, y por ello más apreciado por nosotros. Sabel sabrá hacerle más suave tu vida.

Los dos estaban intensamente emocionados. Sabel continuó:

—Ahora déjame, Salvador, que te ponga esta cadenita con la virgen milagrosa para que te cuide; al otro lado de la virgen está también un retratito mío.

Le puso ella misma la cadenita alrededor del cuello. El indio temblaba y de sus ojos corrían lágrimas de infinita ternura.

—Mírame a mí, a tu Sabel, a tu hermana, mírame a los ojos.

La miró un instante. El suficiente para que se diera cuenta que de los ojos de ella también corrían lágrimas. Sintió tan cerca de sí su armonioso y adorable rostro moreno, que sufrió como un deslumbramiento. Y aquel calor impreciso que emanaba su figura airosa y delicada y su perfume sutil, le produjeron como una embriaguez desconocida...

—Te gusta la cadenita, Salvador?

—Sí, niña Sabel. No ve que aquí

están la virgen del cielo y la virgen de la tierra?

—Calla. No me compares así. Es un pecado.

—Si no es pecado, y aunque «seya», déjeme pecar...

Salvador, ya te he dicho que se dice «sea» y no «seya» como acabas de decir. Ya olvidaste mis lecciones?

—Es que ya «golví a ser el mismo indio de siempre», niña Sabel...

—Pero, por qué?

—Asaber por qué..., yo creibo que para que usté me güelva a dar lesiones...

—Lecciones, hombre. «Lesiones», es de herir, de lesionar, y yo nunca te he herido. No es verdad, Salvador?

—Es verdá, pero sus lecciones las llevo en el alma, bien aprendidas.

—¡Calla! me ofendes, Salvador.

—Pero la virgen sabe perdonar, niña Sabel.

FRANCISCO RODRIGUEZ INFANTE.

===

## HOMENAJE A MORAZAN

Envío Para ATENEO DE EL SALVADOR.

**E**STE AÑO festejan las naciones Centro-americanas, el centenario de la muerte de su Libertador: Francisco de Morazán. Ayer como hoy, su mentalidad y sus hechos perduran en los anales de la historia libertaria del Continente Americano. Un siglo ha transcurrido, y, en ese lapso, la Democracia americana, organizó su fundamento jurídico e internacional, dentro de las normas panamericanas.

El nombre de Morazán, no solamente nos hace recordar a la pasada historia. Algo más, su sacrificio y su amor consagrado a la Libertad, le indujeron a empuñar la espada en defensa de lo que los americanos llamaban el derecho político, pero ese derecho no fue una invención, fué el fundamento noble y abnegado de los patriotas Centroamericanos, que igual a los del Sur, arriesgaron sus vidas y sus bienes en pro de la

causa libertaria de un conjunto de nacionalidad.

Morazán, como Bolívar, vivió para la gloria, aunque jamás sus ojos la vieron. ¿Qué diferencia existía entre el uno y el otro? Sólo la latitud, hermanos en sacrificios y defensores de la Libertad.

El acontecimiento histórico de la nacionalidad americana ha demostrado al mundo su espíritu democrático a través de sus años de vida pública, tal como la propia Naturaleza que se encarga de crear las bellezas y los medios de vida al humano; por eso la Epopeya americana, ante el furor de la época, extendió su eco a la vieja Europa, sin ocultar de que su movimiento revolucionario sería el Renacimiento de una nueva Libertad; aquellos fueron días de lucha y de valor, donde el patriotismo no tuvo distinción, y cuyos héroes honran a la raza.

Entre al grupo de los Libertadores, vemos a Morazán haciendo sacrificio por la Libertad Centroamericana, cuya concepción expresa el sentido nítido de la característica Neogranadina; por esa causa, la revolución Centro-americana, es la magna empresa donde el amor y la voluntad creó la gigantesca y sacrificadora lucha por la Libertad.

La libertad y las formaciones de las naciones Centroamericanas se adelantaron a una época democrática superior a la conocida, formando un panorama apasionado y separatista, no valiendo las súplicas de su Libertador quien esperaba formar un solo país, o confederación Centro-americana.

Es cierto que Morazán fracasó por no haber sido comprendido, tal vez porque su espíritu y su ideal a lo grande lo elevó hasta el Cielo del

sacrificio, donde mostró su amor por la magna empresa, vinculada a el «Alma salvadoreña» y esa es una de las razones del por qué Morazán fue hijo de su causa y Libertador de su Patria.

Así como la historia juzga los hechos, nosotros los hijos de la Libertad, la conservamos con el mismo entusiasmo y abnegación de aquellos tiempos, cuando el patriota recorría los campos de batallas, buscándola por medio de las armas, de un extremo a otro, con pasión emocionada, aún sufriendo sus consecuencias, y entre esos patriotas surgió la máxima figura de Morazán con espíritu templado.

La grandiosa obra de la Independencia, no bastó para producir el nacimiento de la nacionalidad. Fué necesario reconstruir las juntas de gobierno dentro de las normas constitucionales y civiles, para que la plática política, con el celo de una nueva vida, ofreciera al americano el derecho de gente; he ahí el alma y el amor de Morazán, por la confederación Centroamericana; pero la sátira de la época, creyó ser más adelantada que el pensamiento visionario del Libertador.

Cien años más tarde, cinco naciones de vidas independientes, se unen para conmemorar el Centenario de la muerte del Libertador Morazán, con el mismo entusiasmo que merecen, y no solamente ellos, sino también los hijos del resto de la América, que se unen en esa fecha para rendirle el homenaje que la historia y los hechos obligan a rendirle, al que en el pasado sacrificó su inteligencia y su vida en bien de la colectividad continental.

En el movimiento americano de estos últimos años, descubrimos el

desarrollo democrático, cuyos principios reúnen las cualidades de la plataforma que nos legaron nuestros antepasados en la fiera lucha del ideal y de la nacionalidad. La visión de Bolívar y la de Morazán emocionan a uno y a otros: la visión espiritual del genio Centroamericano no se ha cumplido todavía.

En el pasado siglo, los patriotas contribuyeron por medio de sus talentos y de sus voluntades, a formar

el reino de la Libertad, pero también existieron en ellos el amor al arte, esa grandeza que inspira a la mentalidad, y no en busca de gloria, sino por la redención del suelo amado; pero en este siglo de lucha y de intriga, tocole a las hermanas repúblicas Centroamericanas honrar a su digno Libertador, sin las pretensiones vulnerables de otros tiempos.

Samuel López Urrego.  
Colombiano.

===

## El Concepto de la Libertad

por AURÉLIO HEVIA

SEMEJANTE al desenvolvimiento de la democracia fué el de la libertad. Su concepto ha cambiado substancialmente a través del tiempo, lo mismo que han variado los conceptos de Patria, Estado, Nación.

Lo que se llamaba pueblo en las repúblicas democráticas de la antigüedad, no se parecía en nada a lo que nosotros llamamos pueblo. En Atenas, la más libre de todas las de Grecia, todos los ciudadanos tomaban parte en los asuntos públicos; pero estaban en proporción exigua al total de los habitantes que eran esclavos, destinados a llenar la mayoría de las funciones que en nuestros días corresponden a distintas clases populares. Algunos escritores, entre ellos D'Tocqueville (1), han fijado el número de ciudadanos en

20.000 y en 350.000 el de los esclavos,

«No hay palabra, expresa Montesquieu (2), que haya recibido más diferentes significados y que haya impresionado a los espíritus de tantos modos como la palabra libertad». Fué en la antigüedad un derecho precario: si acaso un privilegio, como tampoco existió en la Edad Media nada parecido a lo que llamamos libertad. En algunos países fué sinónimo de *noble*. Las sociedades primitivas no disfrutaron este bien ni conocieron su necesidad. El espíritu del hombre nació sumiso, según afirma Comte. El individuo estaba absorbido en su grupo-familia-tribu-ciudad. Con sus propias pasiones y sentimientos formaba parte de aquéllos, y como tal, participaba de

(1) Alejo D'Tocqueville: "La Democracia en América", Volúmen III. Capítulo XIV.

(2) Montesquieu: "Espíritu de las Leyes". Libro XI, Capítulo II.

todas sus vicisitudes. Sus tristezas y alegrías eran las de su comunidad, fuera de esto no era nada. El origen étnico, la lengua y la religión, sobre todo el culto, eran los lazos principales que los unían.

Fué el de la libertad, un sentimiento que creció gradualmente en el espíritu del hombre, según fué ascendiendo en la escala de la civilización, desarrollándose raquítrico y muy imperfectamente en los pueblos que han estado sometidos a inveteradas tiranías; y por lo mismo materia fácil de perderla; aunque aquel que la haya disfrutado no olvida jamás sus beneficios (1).

La libertad vale la vida para los que tienen noción de su decoro. En su carta a Bruto decía Cicerón; «No hay ninguna servidumbre bastante beneficiosa para hacer renunciar el propósito de ser libre»; y no fué único ejemplo. Todos los espíritus elevados a través de los siglos, desde los milenarios profetas de Isráel, han clamado contra las tiranías y amado y defendido con fervor la libertad; claro está, que, en ellos no incluimos a los hombres de ingenio o de gran cultura por estas solas circunstancias, entre las cuales a veces se advierten almas ruines, sino a individualidades cuyas acciones fueron impulsadas siempre por móviles generosos, inspirados por nobles ideales. Son como antorchas que rasgaron

las tinieblas de la barbarie e iluminaron el espíritu del hombre, más acreedores al reconocimiento de la posteridad y al elogio de la Historia que esos grandes Capitanes cuyo paso se señalaba por saqueos, degollinas y violaciones de mujeres. Caudillos, Conquistadores, avasalladores de razas, extirpadores de civilizaciones y de creencias no inferiores a las suyas; en cuyo enaltecimiento historiadores poco escrupulosos, que aceptaron como verdades las apologías de la antigua e inextingible especie de los adulones, han emborronado más papel que el que ortodoxos y herejes gastaron en sus fútiles y estériles disputas.

Los pueblos no mueren nunca, son esclavos o son libres. Eso es todo,

Ser libre es poder pensar y exteriorizar el pensamiento sin hipocresía ni eufemismos, sin trabas ni coacciones; reunirse, asociarse, trabajar, moverse sin estorbo; tener la correspondencia y el hogar, que representan algo íntimo, inviolables, cerrados a las pesquisas de los corchetes; el camino franco a todas las iniciativas, sin más limitación que las sanciones que para resguardar el derecho ajeno establezcan leyes generales preexistentes al hecho justificable, aplicadas por tribunales ordinarios, comunes a todos los que vivan a su amparo.

Los Tribunales extraordinarios de procedimientos expeditivos, competentes para aplicar las penas más graves, pugnan con el sentido de la justicia y son una amenaza contra la libertad individual, porque dificultan el esclarecimiento de los hechos y atrofian o suprimen los recursos racionales de la defensa. La justi-

(1) *Aristóteles: Política. Libro III; cap. 1. Libro X. cap. 1 y XII. Renan: "Historia del Pueblo de Israel", libro 1, cap. 1; Fustel de Coulanges; "La Ciudad Antigua", libro III, cap. XVIII; Guizot: "Historia de la Civilización en Europa". Lecc. 11 y última; G. Rugiero: "Historia del Liberalismo Europeo", Introducción. Bari 1825; Croiset: "Las Democracias Antiguas". París, 1909, Francofe: "La Polis Greque".*

cia rápida es característica de los despotismos para resguardo de los que la ejercen y sancionar las demás establecidas, cuando no es un instrumento de terrorismo oficial para amedrantar a la sociedad. Justicia acelerada que fuerza con frecuencia al juez a fallar en barbecho, el cual, para satisfacer su conciencia, acaba por convencerse que toda acción que ha castigado es necesariamente un acto punible. Los juicios sumarios penales sólo pueden explicarse en estado de guerra, en el territorio donde se combate, cuando la justicia cede el paso a la fuerza y a la violencia.

Un régimen democrático que no esté mixtificado rechaza esa justicia dúplice y viciada.

Por ello los que aman la libertad, sin la cual no existen ciudadanos y el hombre se convierte en paria, no han encontrado hasta hoy mejor régimen para preservarla que la democracia.

No caben tampoco esas leyes excepcionales de un rigor y drasticidad insólitos, propias de esas dominaciones abominables que convierten los pueblos en un infierno, adecuadas, únicamente, para un estado de sitio, pero que pugnan con una situación de derecho o dentro de un orden constitucional democrático. Legislaciones incitadoras para cometer toda clase de violencias y coacciones y hasta crímenes que quedan en un misterio denunciador. Hay ocasiones en que una sociedad tiene que defenderse contra propagandas de doctrinas perniciosas y exóticas que amenazan sus instituciones y la tranquilidad pública, y de olas de criminalidad que quedan como residuos de graves perturbaciones políticas o

que provocaron leyes que queriendo suprimir vicios sociales abrieron el camino al crimen o que fueron estimuladas por esa morbosa e interesada clemencia de amnistiar con frecuencia los más graves delitos comunes. En tales casos, es menester disponer medidas especiales para impedir, perseguir y castigar esos brotes de gangsterismo y bandidaje; pero sin dañar los derechos esenciales de los ciudadanos ni juzgar esos delitos en otras formas que la ordinaria. En un régimen democrático no se pueden atacar las garantías individuales en forma subrepticia y sólo debe haber una justicia igual para todos los que delinquen.

La libertad se ha transformado a través de los siglos hasta constituir algo indispensable al hombre civilizado. Sin embargo, sus enemigos persisten en combatirla. Todo ha cambiado a través del tiempo y de las luchas de los hombres por su mejoramiento que a pesar de los filósofos pesimistas, se ha logrado en proporciones considerables en todos los órdenes de la vida. Lo que siempre ha sido lo mismo, lo que es inmutable como el equilibrio de los Mundos, es el instinto de dominación y de pillaje y las pasiones que permanecen inalterables aunque los móviles y los pretextos hayan cambiado. Contra aquéllos hay que luchar resistiendo sus desmanes, modificando el espíritu sumiso de las multitudes, imbuyéndoles el de sus derechos.

Sofismas y pretextos han abundado y abundan para encubrir y justificar los despotismos. A menudo se arguye por los defensores de las fórmulas autoritarias que, «hay que contener los excesos de libertad nocivos a los grandes designios de las

naciones», pero, por supuesto, no se preocupan tales reformadores de indicar los medios de acabar con los desmanes de los que se arrogan poderes ilimitados y se excluyen de obediencia a toda ley, haciendo de la arbitrariedad su regla única para imponer a los pueblos su voluntad. Otros exaltan el *Principio de Autoridad*, como «regulador y guardián de las autoridades humanas»; proclaman que «debe imperar en la gobernación de los pueblos», principio que suponen intangible, inherente y correlativo al gobernante que se sobrepone a toda consideración de justicia y de racionalidad. Con este principio de autoridad, han construido una fuerte coraza con que se revisten todos los impenitentes partidarios del empleo de la fuerza como medio único, en el ejercicio del poder. Y, debe observarse que el Principio de Autoridad no existe. La naturaleza no lo instituyó, como de la naturaleza misma se desprende el de la defensa de la vida y el de la autonomía del individuo. Ni la razón justifica tal principio. Es una fórmula inventada, repetimos, por las tendencias dominadoras que se caracterizan por la autoridad ilimitada y la subordinación jerárquica, buena únicamente en la milicia. En los pueblos libres la autoridad la constituyen facultades regladas; nace de la ley cuando es justa, general y obliga a los gobernados y gobernantes, porque en otro caso la ley resulta una fórmula absurda, inequitativa y vacua. ¿Qué valor tiene la ley si no alcanza también a exigir la responsabilidad efectiva e ineludible a quienes la aplican? ¿Para qué sirve una ley si no es un precepto meditado y sano para llenar una nece-

sidad sentida por la colectividad o para utilidad común? Nada hay más dañino que una disposición legal arbitraria o errónea o atentadora de la libertad y de los derechos que debe resguardar, ni nada más desmoralizador que cuando tiene por finalidad el interés personal o el provecho de quienes poseen la facultad de dictarla.

En las democracias el gobernante debe ser guardián y servidor de los derechos e intereses de la colectividad, no un amo. Su autoridad es la de un igual entre sus iguales, limitada y transitoria. Por ello, a los que ejercen autoridad, que tiende siempre a la expansión, la ley tiene que atarlos cortos para preservar la libertad, fuente de los derechos.

La ley escrita ha sido la primera conquista de la libertad y la piedra miliaria de donde arranca la civilización. Todos los movimientos populares en Grecia, en Roma y posteriormente en las ciudades italianas, tuvieron por objeto reclamar una ley escrita. En la larga lucha sostenida en Roma por los plebeyos para alcanzar la igualdad de derechos con los patricios, se caracterizó en los primeros tiempos por la agresiva e insistente demanda de que se escribieran las leyes y no se fiara su vigencia a la memoria de los funcionarios patricios que monopolizaban los cargos públicos. Además de la amenaza de fundar una ciudad nueva, la retirada de los plebeyos al Monte Sacro, que equivalía a una huelga general, pues, al abandonar éstos la ciudad quedaban paralizadas las numerosas e importantes actividades que ejercían en ella y sustraían el elemento que nutría el ejército, produjo en el año 450 A. de C. la pro-

mulgación de la Ley de las Doce Tablas, redactada, no por los magistrados existentes, sino por una comisión de diez, los Decenviros, designados por dos años e investidos de autoridad suprema; organismo que fué disuelto en su segundo período porque hubo de intentar una contrarrevolución patricia, fracasada por otra retirada de los plebeyos al Monte Sacro y la prisión y muerte de Apio Claudio, su instigador.

Este Código de las Doce Tablas, base del Derecho Romano, al fijar por escrito los derechos, los hizo permanentes y facilitó su conocimiento, y al definirlos, limitó el poder de los que mandaban. Fué, sin duda, una de las causas que contribuyeron a la grandeza de Roma. Una legislación escrita igual para todos y la obtención de magistraturas, comenzando por el Tribunado de la Plebe, a partir de la construcción del Templo de la Concordia hecho por el Dictador Camilo para conmemorar el compromiso establecido entre patricios y plebeyos el año 360 A. de C., por el cual obtuvieron éstos muchas de las reclamaciones de Licinio, fueron los motivos que gradualmente borrarón las diferencias que existían entre ambas clases, y aunque otros antagonismos dividieron después a los ciudadanos de Roma, fundieron, entonces, las energías de los órdenes que se habían combatido durante largos años actuando en lo adelante en beneficio común; y Roma, que en el año 300 A. de C. era una miserable ciudad en la frontera de Etruria, incapaz de resistir la invasión de los Galos que la saquearon, un siglo después, constituía un Estado que dominaba desde el Arno hasta el estrecho de Mesina. Enor-

me progreso que se obtuvo con un régimen de equidad y justicia (1).

Otro pueblo también exigió en la antigüedad una ley que resguardara sus derechos. Allá en la lobreguez de la Edad Media, en 1215 de nuestra era, los Barones Ingleses, cansados de las tropelías de su Monarca, le arrancaron la «Carta Magna» que contiene ciertas regulaciones que limitaban el poder absoluto del Rey y transformaron el feudo inglés en un Estado legal, reconoció derechos personales y dió origen al Parlamento de Inglaterra que a través del tiempo, integrado hoy por todas las clases sociales, se ha convertido en el Órgano de la Soberanía Nacional. Este pueblo donde primero se establecieron y se conservan las instituciones que han elevado la condición del hombre, es la cuna de la libertad individual que alcanzó su máxima garantía en el Acta de *Habeas Corpus* de 1670 (2); que si no fué un invento, porque aparece que en el año 500 antes de Cristo, el Cónsul Valerio Publícola, dictó una disposición análoga, y en el pequeño Reino de Aragón en 1289 se estableció la institución de «Justicia» con semejante finalidad, ambas garantías desaparecieron, la primera cuando Mario y Sila se arrogaron poderes discrecionales, y en España bajo el absolutismo de los Reyes que extendieron su poder a toda la península; en cambio, perduró sin alternativas en

(1) *Bertoldo Niebuhr: Historia de Roma; T. Mommsen: Historia de Roma; H. G. Wells: Esquema de la Historia. Tomo 1, páginas 253 y siguientes.*

(2) *Tomás Babington Macauley: Historia de Inglaterra; David Hume: History of England, 1761.*

Inglaterra, porque es una resultante característica de este gran pueblo, que se ha enfrentado ahora con todas sus virtudes y todo su poderío contra los Dictadores, que, las reformas liberales que ha adoptado, no desaparecen ni se menoscaban jamás. Ha marchado despacio hacia adelante pero no retrocede nunca. La institución ha pasado a la legislación de todas las naciones civilizadas, no perturbadas por brotes de despotismos.

A cuento viene, la anécdota del Brahaman y el Consejo de Pondichery que inserta Voltaire en su *Dictionnaire Philosophique*, en la que el primero, contestando a una pregunta del segundo, le dice que en ninguna parte se está bien, pero, que él prefiere vivir donde existan leyes que se cumplan (1).

En la Historia del Liberalismo moderno, se advierte el mismo fenómeno; la exigencia constante por los pueblos de una ley fundamental (Declaración, Estatuto o Constitución), en la cual se especifiquen los derechos de los ciudadanos, requiriéndose para modificarla parcial o totalmente, formas y procedimientos extraordinarios e investida de tal preeminencia legal sobre la legislación general, que, cualesquiera otra ley, disposición o acto gubernativo que infringiera sus preceptos, se consideran nulos y sin efectos. Siempre el mismo anhelo: obtener una ley que garantice los derechos de los individuos, intangible para los que ejercen el poder.

Un gran repúblico el ilustre estadista frances, Julio Simon, que en la

debacle de 1870 formó parte del grupo que se enfrentó con los Prusianos victoriosos y pudieron con una actitud que contrasta ampliamente con la de los míseros personajes de Vichy, salvar con el honor de la Francia derrotada casi la integridad del territorio, en su notable libro, «La Libertad Política», ha expresado que se necesitan cuatro condiciones para garantizarla: «La ley precisa y completa; la ley expresión de la voluntad popular; separación de los poderes; y publicidad». (1).

Hay algo más sin embargo. Todos nosotros lo sabemos. Estas son garantías; pero, la ley es inerte si no se la impulsa, y el Derecho, ese benéfico invento de las sociedades para defenderse de la casta de los dominadores, resulta una facultad inútil si no se ejercita enérgicamente. Es necesario para mantener la libertad que concurren la resolución y la solidaridad de los ciudadanos en su defensa. Allí donde todos sienten la ofensa hecha a uno en su derecho y exigen su reparación tan vivamente como quien la recibe, decía Solón, es donde mejor garantizada está la libertad. Sabio consejo del legislador ateniense que debieran tener en cuenta las naciones a quienes unen lazos espirituales de devoción a los principios democráticos, cada vez que asoma el peligro de uno de esos conquistadores que imponen a otros pueblos su voluntad por la fuerza. Hay cosas que no basta haberlas conquistado y poseerlas, es indispensable estar siempre apercebido para defenderlas.

(1) Voltaire: *Dictionnaire Philosophique* — Vos *États*.

1)) Jules Simon: *La Libertad Política*. Capítulo III.

La libertad; la cultura, la civilización, el bienestar general, hay que luchar constantemente para preservarlos, porque en su contra actúan fuerzas destructivas; como en el afán desapoderado de *predominio* y *acaparamiento*; la ignorancia atrevida, que quiere alterarlo todo cuando se apodera del poder, estimulada por una morbosa indiferencia y menguados intereses; los impulsos atávicos de barbarie; las còdicias y las rapacidades extrañas.

La libertad de las naciones que han roto el yugo de otra a la que estaban sometidas, no se ha realizado sino por la propia voluntad de ser libre e independiente; pero este estado de conciencia no se ha formado sino a través de un largo proceso de sufrimientos y de sacrificios, en el que el ejemplo de los mártires y de los héroes han estimulado el esfuerzo; y la libertad de los pueblos que ha sacudido la tiranía de sus propios tiranos la alcanzaron porque quisieron y obraron por sí mismos.

No huela señalar que los gobiernos de régimen democrático están en una desigualdad evidente para defenderse de las agresiones de los absolutismos modernos: comunismo, fascismo y nazismo, dictaduras idénticas en sus métodos con nombres diferentes. Estos absolutismos no permiten se les discuta donde imperan; prohíben la exposición de doctrinas distintas y persiguen como graves delitos, hasta con la pena de muerte, toda manifestación o propaganda que les sean contrarias. Pero en cambio, se aprovechan de las libertades que la democracia reconoce para propagar las suyas y combatir las instituciones democráticas en los países libres que les dieron

confiada hospitalidad por medio de asociaciones que establecen a su arbitrio, dirigidos por sus respectivos gobiernos. El remedio tal vez no sea sencillo, aunque hay que buscarlo y aplicarlo con método y persistencia, como se combaten las pestes.

Sinceros demócratas, la repugnancia invencible que nos producen esas doctrinas no nos inclinan a sugerir siquiera se restrinjan con esa finalidad los derechos que la democracia garantiza a los ciudadanos; quebrantar los principios de la democracia para defenderla no es medida prudente. Los cubanos ligados a este país por la naturaleza, mientras no realicen actos en concierto, relación o connivencia con gobiernos extraños que intenten destruir nuestro régimen republicano, tienen derecho a pensar hasta disparates y de expresarlos; y los que lo crean así están en el deber de combatirlos por los medios que la democracia autoriza.

En cuanto a los extranjeros a quienes no unen a esta tierra sino su conveniencia o sus malévolos propósitos, el problema es distinto; los que al amparo de esas garantías intenten por medio de propagandas, estableciendo agrupaciones, o cualesquiera de otras clases de asociaciones o sindicatos, pública o secretamente, combatir o suplantarse por fórmulas autoritarias, los principios o normas democráticos que proclamaron con ingentes sacrificios los fundadores de la nacionalidad cubana y que hemos aceptado para regir nuestra vida y orientar nuestros destinos, no por lirismos, sino porque constituyen nuestras supremas conveniencias, a esos extranjeros debemos expulsarlos de esta tierra por dañinos y perniciosos.

# PRIMEROS TIEMPOS DE DARIO

(Recuerdos de otros años)

“E STANDO en Santa Tecla, República de El Salvador, en 1890 —escribe un antiguo periodista costarricense, don Tranquilino Chacón— fui gratamente sorprendido por una tarjeta de Rubén Darío, en que de la capital, San Salvador, me anunciaba una visita, para la noche de ese día, indicándome el Hotel Vandick para nuestra entrevista. Llegó esa noche puntualmente: era un joven de buen parecer y atrayente, unos cinco años menor que yo. Me abrazó llamándome hermano.

—Sabe Ud. porqué le llamo hermano?— Porque ha sido usted el primero que en la América Central, nuestra Patria común, ha tratado de dar a conocer mi libro «AZUL»... (En efecto, yo había reproducido parte de ese libro en mi Diario Costarricense), y seguiremos siendo hermanos —prosiguió Rubén— en la colaboración del diario que en la capital doy a la estampa.

Rubén era algo perezoso, preciso es confesarlo; pero en cambio, cuando se lograba que escribiera, era omnípotente. Qué difícil facilidad para sus producciones! Improvisaba a veces con tanta oportunidad, que sólo un genial ingenio excelso como el suyo, podía hacerlo. Una mañana de Mayo, cumpleaños de la estimabilísima señorita Leticia Menéndez, hija del General don Francisco Menéndez, a la sazón Presidente de la República, le fué presentado el álbum de dicha niña para que escribiera algo, y él, con el gesto de un dios, toma el álbum y escribe en una

de sus páginas, velozmente, estas bellísimas estrofas:

## LETICIA

Alegría! Alegría! El sol, rey rubio  
cruza el azul con su diadema de oro.  
Van en el aire el ritmo y el efluvio;  
canta el bosque sonoro.

Alegría! La alondra sube al cielo  
y las almas también: todo se alegra!  
Brotó la flor de seda y terciopelo  
sobre la tierra negra.

Alegría! Sus arpas pulsa el viento.  
Dice un ave en un árbol: «Soy dichosa».  
Y, rojos, dejan escapar su aliento  
los labios de la rosa.

Alegría! La sangre se acelera;  
la savia corre por el tronco henchido,  
y saluda a la reina Primavera,  
la música del nido.

Alegría! Los pájaros cantores  
sobre el fresco rosal lanzan el trino,  
y arrulla en los eglógicos verdes  
el buche columbino.

Alegría! Alegría! Un soplo erra;  
que las almas levanta con su ardor  
«Y se enciende la vida de la tierra  
con la llama invisible del amor!»

Cuando el diario de esa tarde circulaba, Rubén me invitó a salir como de costumbre, después de la gran faena, diciéndome:

—Bonita está hoy «La Unión» con la página dedicada al álbum de Leticia.—Vamos a que nos vean las gentes...

Rubén era así, no carecía de vanidad. Tenía el convencimiento de su gran mérito, aunque nunca hacia

alarde de ello. No eludía los cumplidos: le satisfacían. Una vez en sociedad, hablaba con una distinguida señora de lo poco afortunado que era él en el amor, porque observaba que las señoritas acogían con más entusiasmo sus versos que su persona. Su interlocutora, interrumpiendo a Rubén y riendo graciosamente, le replicó con cierta galantería:

—Lo que sucede, querido poeta,

es que se le ve a usted a mucha altura..., y además las muchachas no le creen...

—Ah! con una, siquiera, que creyera... —exclamó Ruébn canturreando:

"Nada más triste que un titán que llora,  
hombre-montaña encadenado a un lirio" ...

primeros versos de las bellísimas e intencionadas estrofas que Rubén casi improvisara en aquel acto:

Nada más triste que un titán que llora,  
hombre-montaña encadenado a un lirio,  
que gime fuerte, que pujante implora;  
víctima propia de fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia  
la clava deja y el luchar rehusa,  
héroe que calza femenil sandalia,  
vate que olvida la vibrante musa.

Quien desquijada los robustos leones,  
hilando esclavo con la débil rueca,  
sin labor, sin empuje, sin acciones;  
puños de hierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras  
por donde triunfan femeniles danzas;  
que vibre rayos para herir las sombras,  
que escriba versos que parezcan lanzas!

Relampagueando la soberbia estrofa,  
su surco deje de esplendente lumbré;  
y el pantano de escándalo y de mofa  
que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro  
lance el dardo que quema y que desgarrar,  
que embista rudo como embiste el toro,  
que clave firme, como el león, la garra.

Cante, valiente, y al cantar trabaje,  
que ofrezca roble si se juzga monte;  
que su idea, en el mal rompa y desgaje  
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca  
suene en el pueblo con palabra extraña;  
ruido de oleaje al azotar la roca,  
voz de caverna y soplo de montaña.

De Sansón de Dalila en el regazo;  
Dalila engaña y corta los cabellos,  
No pierda el fuerte el rayo de su brazo  
por ser esclavo de unos ojos bellos.

No era el poeta un enamorado, sino un amante de toda belleza y de toda gracia, donde quiera que se encontraran. Amaba a alguna mujer en particular? Yo no lo supe, sino después de ciertas circunstancias, como veremos más adelante. De lo que sí estaba seguro yo, era de que, la mujer de quien se enamorara Rubén, tenía que irle en zaga por la delicadeza de sentimiento porque sobre esto el poeta era intransigente. Cuando canturreaba sus endecasílabos:

*«Nada más triste que un titán que llora  
hombre-montaña encadenado a un  
lirio...»*

Rubén entendía que él mismo era el titán y el hombre-montaña y que el lirio, la mujer amada. Así formaba un símbolo: El genio sujeto por el encanto de la gracial!

Descollaba en el jardín salvadoreño por su gracia y por su intelecto, la señorita Rafaela Contreras Cañas.

Su señora madre, doña Manuela Cañas v. de Contreras, era una matrona costarricense, no sé si nieta o biznieta de nuestro último Gobernador español, don Juan Manuel de Cañas. Ilustre abolengo. Doña Manuela era, pues, mi paisana, por lo cual tuve la honra de ser presentado en su casa y cultivar relaciones de amistad con tan distinguida señora y su graciosa hija. En una de mis

visitas. Rafaelita (así se llamaba familiarmente, a causa, tal vez, de su pequeña estatura) me presentó una composición suya titulada «Violetas y Palomas», suscrita con el pseudónimo «Stella», advirtiéndome que de ningún modo quería que Rubén supiera la procedencia del trabajo. Este consistía en un cuento precioso, un idilio frustrado o algo así. Decíame Rafaelita:

—Si usted puede corregir eso y quiere publicarlo, hágalo; pero cuidado lo sabe Rubén, cuidado! Confío en su discreción —y con una gracia inimitable poníase el dedo índice en sus labios, indicándome que yo no debía despegar los míos, en tanto que me miraba con sus ojazos eloquentísimos.

Leí la publicación; me gustó y la publiqué.

Rubén inquiera. —De quién es esto?...

...Hombre, yo le diré... lo recibí por correo... anónimo. —le respondí rehuendo sus ojos — (Yo nunca he servido para mentir.)

Y después, ella —Qué le dijo Rubén?

—Me preguntó con interés por el autor de su cuento, Rafaelita, y observé que le había gustado. Haga otro lírico! Buen principio. Haga otro.

Ya lo tengo medio forjado, pero ya lo oye: Que Rubén no lo sepa!

Al día siguiente el segundo cuento, titulábase «La Turquesa». Sin duda superior al primero. Por supuesto que no me tardé en mandarlo publicar. Publicado, Rubén sobre mí:

—Amigo Chacón, tiene usted que decirme de quién son esos cuentos. Necesito saberlo y usted no puede ser tan duro que me mantenga en la ansiedad.

—Sí le diré; pero no ahora porque he dado mi palabra de callar. Creo conseguir que se me releve de ése compromiso, y entonces lo sabrá usted todo.

—Cuándo?

—De hoy a pasado mañana.

—Convenido!

Y yo, después:—Rafaelita, reléveme de mi palabra empeñada. Tengo que decirle a Rubén la verdad. Se lo he ofrecido ya. No me quedó más remedio.

—Si Ud. lo cree absolutamente necesario lo relevaré de su compromiso, pero no así tan sencillamente; ha de ser después de publicado un tercer trabajillo que ya tengo listo, y cuando Rubén muestre extraordinaria curiosidad.

«La Canción del Invierno» se titulaba el tercer trabajo literario de Rafaelita, quien al entregármelo se mostró un tanto satisfecha.

—No le diga nada a Rubén, sino hasta después de publicado y haber observado usted el efecto que ha hecho en su ánimo.

Indudablemente, superaba ese artículo, en mérito, a los dos anterior-

res. Tenía cierta semejanza al de Rubén, que está en «Azul», «La Canción del Oro», aunque diferían en la forma, pues el estilo de Rafaelita era cortado, a lo Víctor Hugo; el de Rubén periódico, a lo Castelar.

Al leer «La Canción del Invierno» en nuestro periódico, Rubén se presentó de súbito:

—Ahora sí, amigo Chacón, de quién es esto?

—De Rafaelita Contreras.

—Ah, sí debí haberlo adivinado! Qué alma más delicada la suya!—exclamó con entusiasmo.

Yo le canturreé:

...«Hombre-montaña encadenado a un lirio»...

Ya usted lo sabe!, sí, amigo: Rafaelita es mi noyía, porque su alma es la mía. Me casaré con ella.

Y casó con ella de ahí a poco. El sábado 21 de Julio de 1890 se celebraba la ceremonia del matrimonio civil en la casa de la novia. Francisco Gavidia y yo fuimos los padrinos. Obsequié a la desposada con la pluma de oro conque firmó el acta matrimonial.

Un incidente divertido: como a las 9 de la noche terminó el acto y la consurrencia despejó la estancia. Quedamos en ésta solamente doña Manuela, Rafaelita, Rubén y yo; doña Manuela dirigiéndose a mí, dijo:

—No le parece, don Tranquilino, que el matrimonio civil no es más que una fórmula, que necesita para ser verdadera, la bendición del cura?..

—Tableau! Rubén, como movido por un resorte, se levanta y me invita a retirarnos. Nos despedimos en seguida.

# CUADRO DEMOSTRATIVO

Del Movimiento de Caja del "Ateneo de El Salvador", desde  
Enero hasta Diciembre de 1942

EXPLICACIONES. — El cuadro de *Ingresos* consta de tres columnas distribuidas así: 1—Cuotas de Socios Activos; 2—Subvención; 3—Totales. El cuadro de *Egresos* comprende ocho columnas: 1—Costo de la Revista «Ateneo»; 2—Sueldo del Colaborador de la Secretaría; 3—Gastos de la Secretaría; 4—Servicio de Luz Eléctrica; Servicio de Actos Culturales; 6—Servicio de Cobros; 7—Gastos Varios; 8—Totales.

La *documentación* respectiva está debidamente agrupada conforme al cuadro de Egresos, a la orden de los señores Socios que deseen consultarla

## INGRESOS

1 9 4 2	1	2	3
Saldo del Cuadro de 1941 .....			¢ 261.10
Corrección .....			0.20
Enero .....	¢ 30.00	¢ 100.00	130.00
Febrero .....	50.00	100.00	150.00
Marzo .....	70.00	100.00	170.00
Abril .....	40.00	100.00	140.00
Mayo .....	36.00	100.00	136.00
Junio .....	42.00	100.00	142.00
Julio .....	52.00	100.00	152.00
Agosto .....	30.00	100.00	130.00
Septiembre .....	40.00	100.00	140.00
Octubre .....	20.00	100.00	120.00
Noviembre .....	30.00	100.00	130.00
Diciembre .....	40.00	100.00	140.00
	¢ 480.00	¢1200.00	¢1941.30

## EGRESOS

1942	1	2	3	4	5	6	7	8
Enero.....	¢171.00	¢ 40.00	¢ 5.00	.....	.....	¢ 4.00	¢ 3.15	¢ 223.15
Febrero....	95.00	40.00	.....	¢ 3.00	.....	6.00	2.15	146.15
Marzo.....	4.50	40.00	5.00	3.00	¢ 13.00	8.00	4.90	78.40
Abril.....	102.00	40.00	5.00	.....	39.00	5.00	3.60	194.60
Mayo.....	.....	40.00	.....	.....	43.00	4.60	19.90	107.50
Junio.....	.....	40.00	5.00	9.00	30.70	5.40	.....	90.10
Julio.....	95.00	40.00	5.00	3.00	20.50	5.00	2.00	170.50
Agosto....	5.00	40.00	.....	6.00	.....	4.00	2.80	57.80
Septbre....	102.00	40.00	5.00	.....	67.49	5.00	8.50	227.99
Octubre ...	.....	40.00	5.00	6.00	.....	3.00	1.11	55.11
Noviembre	98.40	40.00	5.00	.....	.....	4.00	0.60	148.00
Diciembre.	115.60	40.00	5.00	6.00	.. ..	5.00	4.40	176.00
	¢788.50	¢400.00	¢45.00	¢ 36.00	¢213.00	¢59.00	¢ 53.11	¢1675.30
Saldo al 1o. de enero de 1943 .....								¢ 266.00
BALANCE .....								<u>¢1941.30</u>

## RESUMEN

<i>Ingresos</i>		<i>Egresos</i>	
Saldo de 1941 (rectificado) ¢ 261.30		Columna No. 1.....	¢ 788.50
		— — 2.....	480.00
		— — 3.....	45.00
Columna No. 1 .....	480.00	— — 4.....	36.00
		— — 5.....	213.69
		— — 6.....	59.00
Columna No. 2 .....	1200.00	— — 7.....	53.11
		Saldo a 1o. de Enero 1943	266.00
	<u>¢ 1941.30</u>		<u>¢ 1941.00</u>

BAUDILIO FUENTES,

Tesorero.